A decorative border with a repeating floral and scrollwork pattern surrounds the text.

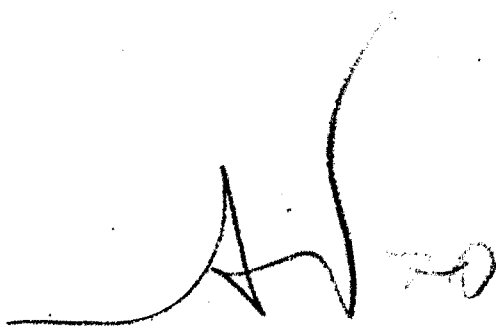
TOMAS DE IRIARTE

---

LOS LITERATOS  
EN CUARESMA

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)  
Puerta del Sol, 15 Ronda Universidad, 1 Florida, 251  
MADRID BARCELONA BUENOS AIRES

# LOS LITERATOS EN CUARESMA

A large, stylized handwritten signature in black ink, consisting of several sweeping, interconnected strokes.

• 78 90 78 •

**LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA  
LITERATURA ESPAÑOLA.-VOL. 38**

**TOMAS DE IRIARTE**

---

**LOS LITERATOS  
EN CUARESMA**

**LA LIBRERIA - FABULAS**

**3.ª EDICIÓN**



**COMPañÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)**

**Puerta del Sol, 15  
MADRID**

**Ronda de la Universidad, 1  
BARCELONA**

**Florida, 251  
BUENOS AIRES**



## PROLOGO

*Suele ser conocido D. Tomás de Iriarte (1750-1791), por una sola de sus obras, tan popularizada como olvidadas están las demás. Aludo a las Fábulas Literarias.*

*No es, sin embargo, el resto de su copiosa producción tan deleznable que merezca la indiferencia de los aficionados a las letras, y aun podemos asegurar que el renombre que el poeta y erudito canario gozó en vida, más que a su gentil colección de apólogos fué debido a sus opúsculos polémicos, en aquellas estruendosas batallas literarias que sostuvo con varios escritores de la época.*

*A haber malgastado tiempo y esfuerzo intelectual en vanas discusiones con Juan Pablo Forner, que le enderezó una feroz invectiva titulada El asno erudito; con López Sedano y con García de la Huerta, Meléndez y Samaniego,*

se debe el que la producción artística de Iriarte no fuera más copiosa y más fresca. Porque sucedía que el temor a incurrir en las iras de sus adversarios al menor desliz, le hizo preocuparse con exceso de la corrección y el pulimento de sus escritos, en perjuicio de la espontaneidad.

Eso no obstante, hizo este escritor ensayos en diversos géneros literarios que le han valido el justo aprecio en que le tiene la posteridad.

Entre ellos son dignos de mención el poema de La Música, que mereció elogios, acaso excesivos, de Metastasio...

Para el teatro produjo dos comedias de costumbres, tan apreciables como El señorito mimado y La señorita mal criada, injustamente olvidadas, así como un monólogo en verso, Guzmán el Bueno (soliloquio unipersonal, como, con patente redundancia, lo titula el autor) y La librería, linda comedia en prosa que damos en estas páginas y que nos revela interesantes costumbres literarias de la época.

Ya hemos citado sus Fábulas, donde en forma amena y ligera sienta reglas y preceptos de buena doctrina literaria y censura los defectos que a la sazón se habían introducido en el arte de escribir.

Suficiente interés para su reimpresión ofrece también el tratado que da título a este volumen, Los literatos en cuaresma, y donde el au-

tor, en forma amena, expone sus opiniones en materias como la función de la crítica, la murmuración, la enseñanza y el teatro.

Es en esta obra donde por primera vez se trata en las letras castellanas de conferencias en el sentido modernísimo de la palabra, y los "sermones", ideados para amenizar la Cuaresma en la agradable tertulia que el autor nos pinta, forman un "ciclo de conferencias", cuyo desarrollo no carecería de interés aun en nuestros días.

En todas estas obras se nos presenta Iriarte como hombre de buen gusto, culto y elegante. No fué genial; pero su gran talento bastó para hacerle figurar entre los escritores más esclarecidos de su época, con el mismo derecho que a otros escritores da el genio creador o una inspiración poderosa.



## LOS LITERATOS EN CUARESMA

A la tertulia de un caballero aficionado a las Letras, y versado en ellas más que regularmente, asistían varios ingenios de esta corte, entre los cuales, si bien se contaban ciertos aprendices de literatura y maestros de pandería, no faltaban algunos sujetos verdaderamente instruídos y juiciosos. Una noche en que casi todos se habían congregado, no sé cómo se proporcionó el asunto de la conversación, que el amo de casa logrando oportunidad para proponer una idea que de muchos días tenía meditada, habló a los circunstantes en estos o en otros equivalentes términos, que, dichos por su boca, agradaron generalmente a causa de cierta gracia y naturalidad que eran propias de su estilo: "Dudo, amigos míos, si habrán Vms, hecho alguna vez la observación siguiente. Después de la virtud, pienso que lo mejorcito

que en este mundo tenemos es la ciencia; y parece descuido bien extraño que habiendo pulpitos para exhortar a la una, no haya predicadores que nos alienten a la otra. Yo quisiera que así como en el orbe cristiano se convoca en los templos, y aun en las plazas, a oír sermones para corrección de los vicios, se convocase el orbe literario en academias u otros pàrajes públicos o privados, a escuchar pláticas sobre asuntos de erudición, en que lo dulce de los atractivos de la retórica templase lo amargo de las verdades y desengaños críticos. Tendiendo ahora mismo la vista por las personas que se dignan de honrar este congreso, desde luego estoy viendo cinco o seis, que en los domingos de esta próxima Cuaresma pudieran darnos en esta sala una recreación honesta, provechosa y de buena invención. Todos discurren medios de divertirse en el Carnaval; pero nadie piensa en reservar algún entretenimiento para después del Miércoles de Ceniza. Bueno fuera que cuando los demás hubiesen dado fin a sus pasatiempos, empezásemos nosotros los nuestros con mayor utilidad del próximo y deseara yo, señores..." Suspendió a esta sazón su arenga; y, aunque ninguno de los concurrentes le contestó tan al pronto, advirtió en el modo de mirarse silenciosamente unos a otros que había sido admitida con agrado su propo-



sición. No se engañó en este discurso, porque apenas pronunció uno de la tertulia las palabras *¡bien pensado!* cuando, en medio del repentino palmoteo, se oyeron casi a un mismo tiempo mezclados los *vivas españoles* con los *victores latinos* y los *bravos italianos*; y aun hubo algún afectado escolástico que con un *óptime*, pronunciado enfáticamente, echó el sello al universal aplauso. “No se pierda tiempo, dijo un individuo de los más graves de la tertulia. La Cuaresma se acerca. Elíjanse cuanto antes los asuntos; nómbrense los predicadores”. “Vamos despacio, replicó el dueño de la casa, que todavía no me han dejado Vms. proponerles la segunda parte de mi proyecto. Yo he discurrido que para dar mayor autoridad a unos sermones que, por predicarlos gente moza, pueden acaso ser menos escuchados, y para conservar al propio tiempo en nuestro púlpito profano una ilusión algo semejante a la del teatro, hayan de disfrazarse los predicadores conforme a una instrucción que para ello traigo aquí apuntada, tomando los trajes de seis varones eruditos de seis distintas naciones. Atiendan Vms. al plan que he dispuesto”:

#### PRIMER DOMINGO

Predicará el griego Teofrasto, natural de Eresio, en la provincia de Beocia, de edad

de 106 años. El asunto de la oración será demostrar cuánto perjudica el adelantamiento de las Letras y de todo lo útil la oposición de los murmuradores a todo lo nuevo. El texto será este: *Murmurador hay que no sólo habla mal de sus amigos y domésticos, sino también de los mismos difuntos (\*)*. Son palabras del propio Teofrasto al fin del último capítulo de sus *Caracteres*.

#### SEGUNDO DOMINGO

Predicará el latino Marco Tulio Cicerón, natural de Arpino, en el reino de Nápoles, de edad de 63 años. Tratará de los *Estudios de la niñez*, tomando por tema aquellas palabras de su oración a favor de M. Celio: *Haec igitur est tua disciplina? Sic tu instituis adolescentes? Ob hanc causam tibi hunc puerum parens commedavit & tradidit (\*)*. “¿Es ésta tu enseñanza? ¿Así instruyes a los jóvenes? ¿Para esto te entregó y encomendó este niño su padre?”

(\*) Καὶ ἄλλα πλεῖστα περὶ τῶν φίλων καὶ οἰκείων κακὰ εἰπεῖν, καὶ περὶ τῶν τετελευτηπότων κακῶς λεγεῖν. La traducción de este texto no es rigurosamente literal; pues ha sido necesario añadir algunas palabras para evitar un sentido pendiente e imperfecto.

(\*) Núm. 59.

## TERCER DOMINGO

Predicará *sobre puntos de teatro* el español Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Alcalá de Henares, de edad de 66 años, y le servirá de tema aquella cláusula del capítulo XLVIII del primer tomo de su *Don Quijote: Habiendo de ser la Comedia espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia.*

## CUARTO DOMINGO

Predicará el francés Nicolás Boileau Despréaux, natural de París, de edad de 74 años, *sobre las obligaciones y dificultades del oficio poeta*, fundándose en estos versos de su segunda sátira:

*Maudit soit le premier dont la verve insensée  
dans les bornes d'un vers renferma sa pensée:  
et donnant à ses mots une étroite prison,  
voulut avec la rime enchaîner la raison.*

“Maldito sea el primero cuya Musa insensata redujo su pensamiento a los límites de un verso, y dando a sus palabras una estrecha cárcel, quiso eslabonar la razón con el consonante.”

## QUINTO DOMINGO

Predicará sobre las parcialidades de los críticos el inglés Alejandro Pope, natural de Londres, de edad de 55 años, y tomará por texto los versos 394 y 395 de su Ensayo sobre la crítica:

*Some foreign writers, some our own despise  
the Ancients only, or the Moderns prize.*

“Unos hay que desprecian los autores extraños y otros que desprecian a los nuestros: unos que sólo estiman a los antiguos y otros que sólo estiman a los modernos.”

## SEXTO DOMINGO

Dará fin a la Cuaresma con una plática entre filosófica y moral el italiano Torcuato Tasso, natural de Sorrento, en el reino de Nápoles, de edad de 50 años; y exponiendo las desdichas a que nace sujeto el linaje humano, probará que *el único remedio de ellas es la sociedad, el trato y la decente buena armonía entre ambos sexos*. El tema será la sentencia que él mismo escribió en su Tragedia de Turismundo (\*):

*La nostra umanitate è cuasi un giogo  
gravoso che Natura e'l Ciel impone,  
a cui la donna, o l'uom disgiunto e scevro  
per sostegno non basta.*

---

(\*) Acto II. Escena IV.

“Nuestra humanidad casi es un yugo gravoso, que la Naturaleza y el Cielo nos imponen; y ni la mujer ni el hombre son bastantes a llevar este yugo, si viven desunidos.”

Así concluyó nuestro erudito la lectura de su plan, y prosiguió diciendo: “Aunque mi intención es que los predicadores se disfracen bajo la apariencia de estos seis grandes hombres, imitándoles en el traje, y aun en el estilo, no por eso se ha de pretender con el mismo rigor que en la representación de un drama que cada orador hable aquí en todo y por todo como el sujeto cuyo nombre toma y de cuya presencia exterior se reviste; pues se incurriría entonces en la impropiedad de que unos autores antiguos tratasen de los asuntos que actualmente ocurren en nuestra nación y se explicasen en nuestro idioma castellano. Bastará para nuestro propósito que los seis predicadores hablen de las materias del día, como hablarían, si ahora resucitasen, los seis escritores Teofrasto, Cicerón, Cervantes, Boileau, Pope y el Tasso”. Todos casi a una voz respondieron que no se les haría reparable inverosimilitud alguna de esta especie, con tal que se llevase a efecto la extraña tentativa; y aprobando los inteligentes el plan, quedaron nombrados con votos unánimes por predicadores cuadragesi-

males cinco sujetos de los más hábiles del concurso, reservando para el Presidente de la tertulia el desempeño del sexto y último sermón. Distribuyéronse los asuntos según los genios de los oradores, cuyos verdaderos nombres no ha permitido su modestia que se publiquen en esta fidedigna relación; bien que para distinguirlos, nos tomaremos la licencia de confirmarlos de la siguiente manera. Al primero, que predicó contra la *Murmuración*, llamaremos don Severo; al segundo, que peroró sobre *Estudios*, don Patricio; al tercero, que trató de *Comedias*, don Silverio (aunque parezca pulla); al cuarto encargado de declamar acerca de la *Poesía*, don Facundo; al quinto, que habló sobre las *Parcialidades de los críticos*, don Justo; y al amo de la casa, que había de moralizar a favor del *Trato y humanidad de ambos sexos*, don Bonifacio. Todos convinieron en que las pláticas fuesen cortas para molestar menos al auditorio, y se hiciese en ella justicia según todo el rigor de la crítica, pero sin nombrar persona alguna.

Tomadas estas acertadas providencias para el logro de tan útil pensamiento, empezó a verificarse en la noche del primer domingo de Cuaresma. Congregóse la tertulia completa; y el gran número de oyentes que atrajo la fama, apenas cabía en el espacioso salón. A las

puertas de él se veía fijado un cartel que en letras mayúsculas decía: HOY PREDICA TEOSOFRATO, y debajo el texto griego en que se fundaba la oración. La novedad de semejante espectáculo tenía suspensos los ánimos y las lenguas; de suerte que acomodados ya los circunstantes en sillas y bancos, sólo se oyó por largo rato el sordo chispear de las bujías. Salió, en fin, a pasos medidos y encaminóse a la Cátedra, colocada en la testera de la pieza, un personaje en hábito de filósofo griego con una larga, cana y ensortijada barba. Subió, terció la clámide o capa; saludó con una inclinación de cabeza al auditorio; y acompañando sus palabras con pausados ademanes, propios de su avanzada edad y del respetable carácter de un discípulo de Aristóteles, prorumpió en un discurso del tenor siguiente:

Καὶ ἄλλα πλεῖστα περὶ τῶν φίλων καὶ οἰκεῖων κακὰ εἰπεῖν, καὶ περὶ τῶν τετελευτηκόπων κακῶς λεγεῖν.

“Murmurador hay que no sólo habla mal de sus amigos y domésticos, sino también de los mismos difuntos.” (Díjelo yo así en el último capítulo de mis *Caracteres*.)

“Aunque de muchas acciones nuestras es principio y móvil el amor propio, se reputa especialmente como privativo efecto suyo la pasión de murmurar. Pero si fuese posible, señores, que trastornándose por un instante el or-

den que observa la naturaleza, cesase de repente en nosotros ese mismo amor propio, ese mismo principio y móvil, creo firmemente que todavía se murmuraría en el mundo como hasta aquí, por mera costumbre, y por vicio contraído. Esta llamarán algunos verdad añeja, declamación trillada; y la lástima es que siéndolo tanto, necesiten que todavía se la repitan. La especie de murmuración de que pienso hablaros, y que no han de desarraigar mis exhortaciones solas, no es aquella tan aborrecible que inventa o exagera delitos, que denigra linajes, que tilda procederes de sujetos autorizados, degenerando muchas veces en ingratitud; sino otra menos odiosa, pero más nociva, que se opone a todo lo útil, a todo lo nuevo, que desalienta a todos los ingenios, abate a los artífices, da armas a la ignorancia, y hace que a la industria se le caigan las suyas de la mano. La primera es desahogo de mal intencionados corazones; la segunda, pasatiempo de ociosos, que con despreciar las tareas ajenas creen haber satisfecho el tributo que de las suyas propias deben pagar a la patria. Aquélla puede lastimar el crédito de una persona determinada, de una familia particular; pero ésta perjudica directamente al bien de una nación entera; y si la una se ejerce en los más retirados gabinetes con secretos, con disfraces, la otra se practica públicamente en las



conurrencias más numerosas, en las bibliotecas, en los teatros, en los mismos templos; y con tanta mayor confianza, o mejor diré, insolencia, cuanto se prometen muchos cobrar opinión de inteligentes, sólo con ridiculizar o censurar superficialmente los frutos de la aplicación de los demás.

Al oír ésta fervorosa invectiva, quizá presumiréis, estudiosos oyentes míos, que pretendo yo privar ahora a los críticos de la justa libertad de notar los defectos ajenos. Se os figurará que intento obligar a los censores a hacer por lo menos otro tanto como los censurados. No, señores, ninguno de estos dos fines llevo; antes bien discurro que para obras inútiles trabajadas sin inteligencia ni arreglo, debe haber reprehensores inflexibles que no las permitan propagarse. Para las medianas, para las que encierran algún aprovechamiento, y para las que nacieron de ingenios principiantes, ha de haber correctores benignos que adviertan, pero no desanimen. Para las científicas, provechosas y ajustadas al arte, no deben faltar panegiristas imparciales que den gloria al mérito; pero ni los reprehensores de lo indocto, ni los correctores de lo menos perfecto, ni los elogiadores de lo excelente se han de ver precisados, como pretende el vulgo, a dar pruebas de ingenio y de invención, cuando para el desempeño de su cargo

basta que las den de doctrina y de discernimiento.

Me atrevería a asegurar que tanta maledicencia, tantos juicios errados, las quejas, los odios, las pasiones, las disputas traen su origen de cierta falta de tino que equivoca, no sólo los términos con que explicamos las cosas, sino (lo que es más perjudicial) también las ideas que de ellas concebimos. Permitidme, pues, señores, que aclare aquí semejante equivocación; y que, haciendo dos distinciones en dos partes de este discurso, os demuestre que la *emulación* no es *envidia*; que la *crítica* no es *sátira*.

¡Oh si mis expresiones equivaliesen ahora a los rasgos de un diestro pincel! Entonces sí que podría haceros evidente la justicia de la causa que defiendo. Yo os pondría aquí a la vista en una grandiosa perspectiva la apacible imagen de un reino floreciente. Os delinearía por una parte la tierra premiando con su fértil verdura las fatigas del esperanzado agricultor. Figuraría por otra las torreadas ciudades, los numerosos ejércitos y altas fortalezas que defienden el Estado. Allí los puertos célebres por su comercio, y las naves que los frecuentan y enriquecen. Más allá os representarían en lo interior de las poblaciones las preciosas bibliotecas, que atesoran los trabajos de tantos y tan

diversos ingenios; los palacios, los templos, teatros y jardines en que las artes dedicadas a la comodidad y diversión del linaje humano, ostentan sus exquisitos primores, o para deleite de los sentidos, o para admiración del discurso. Y a vista de tal espectáculo ¿qué reflexión se os ofrecería desde luego al pensamiento? Os ocurriría, sin duda, que tan pasmosas obras fueron todas en algún tiempo nuevas; que no fueron más que invenciones en sus principios; que las adelantó el desvelo; que las perfeccionó la experiencia, y las ha conservado la emulación. Así es, nobilísimo auditorio pero de consideración tan justa ¿qué descrédito, qué afrenta no debe resultar a la envidia, enemiga del talento, aliada de la malignidad, que se opone en nuestros días a la perfección de las artes inventadas, y al descubrimiento de las desconocidas?

Nada pondero; pero si acaso os parece que a impulsos de un celo mal fundado declamo con demasiada rigidez contra un vicio que, por impertinencia propia de mis años y de mi genio adusto, se me figura más grave y más introducido de lo que es en realidad, dejaré a un lado las reconvenciones, los avisos morales, las ampliaciones y adornos de la oratoria; y para que veáis que la verdad no necesita recurrir a los atavíos del arte para ostentarse tan hermosa co-

mo es, sólo quiero que os convenza la sencilla narración de algunos hechos modernos, que si pudiesen referirse completamente y darse a pública luz, sin recelo de que los idiotas supusiesen redundaban en desdoro de toda esta gran nación, formarían una dilatada obra, a cuya frente pondríamos este título: *Historia de la Ignorancia*.

En este mismo pueblo, señores, en este feliz reinado en que vivimos habréis advertido que si los arduos proyectos que ha puesto en ejecución el supremo brazo del Monarca hubiesen sido emprendidos por autoridad inferior, jamás hubieran llegado a efecto, según las contradicciones con que los ha perseguido el vulgo de los críticos. Digo el vulgo, porque distingo de los murmuradores a los muchos sujetos instruidos, prudentes y bien intencionados que en todas clases procuran el bien de la nación y piensan sólida y útilmente; los cuales callan infinitas veces por moderación, dejando hablar a los motejadores de oficio.

¿Os acordáis de lo que era no ha muchos años esta capital del dominio español? Aquella inmundicia y hediondez ¿era tolerable en un pueblo culto? Comparadlas ahora con su limpieza y aseo. ¿Conocéis si es ésta la misma corte en que antes se experimentaba más continua peste que en la de Constantinopla? ¿No

aplaudís la providencia del Soberano que os la ha transformado en una cómoda y agradable mansión? Pues si vosotros lo reconocéis así, yo puedo señalaros ciudadanos desagradecidos a tamaño beneficio, que creen ociosos o perjudiciales los dispendios que ocasionó aquella empresa. Bastábala ser nueva para ser censurada; pero fué un rey quien la ejecutó, y no valieron las diligencias de la mordacidad.

¿Habéis olvidado aquel tiempo en que de los inmensos países que la Monarquía posee en el Nuevo Mundo nos llegaban escasas y tardías las noticias, y en que la comunicación y tráfico padecía la más deplorable lentitud? Pues notad ahora cómo a las costas de esta península llegan las naos veleras, trayendo recientes avisos de aquellos remotos climas, con tal frecuencia y prontitud, que si antes por la falta de correspondencia se podía casi dudar si las provincias del Nuevo Continente dependían de la Corona Castellana, hoy parece que apenas media distancia entre Europa y América, y que no es ya el mar Océano quien las divide, sino un golfo semejante al de León o al de Venecia. Pues no ha faltado quien llegase a negar las ventajas del correo marítimo; y ojalá que aun en el día algunas personas, sordas a la voz de la experiencia, no pongan duda en la utilidad de aquel establecimiento.

Por ser entonces nuevo, dejó de ser plausible. Los años van pasando, y aquella idea llegará a verse colocada en el catálogo de las más gloriosas de este reinado.

Añadamos otro ejemplo. No puede ignorar el instruído concurso que me escucha que la desgraciada relación a que se hallan expuestas las cosas humanas, ni aun ha perdonado a las comunidades, dignas de respeto por los virtuosos institutos que profesan, no menos que por el crecido número de vasallos que las confía la patria, entre los cuales se cuentan varones justos y verdaderamente doctos que si la edifican con su ejemplo, también la ilustran con su sabiduría. El Soberano, en cuya vigilancia tiene el pueblo afianzada la cura de sus dolencias, se ha esmerado en aplicar a las de los cuerpos religiosos tan prudentes medicinas, que ellos mismos, y la República toda no le pagarán con menos que con un eterno agradecimiento. Esto digo yo, y esto dicen los verdaderos patriotas; pero oíd, oíd a otros, preocupados de opiniones en que sólo la antigüedad suple por la solidez, y veréis cuán serenamente llaman irreligión al celo, injusticia al buen orden, persecución a la reforma. Pero esta reforma se ha emprendido a más de la mitad del siglo XVIII. Si se hubiera concluído

a principios del XVII, la elogiaríamos ahora, porque ya habría dejado de ser nueva.

Mas pasando de lo sagrado a lo profano, bien reciente puede estar en vuestra memoria un asunto que en estos últimos años parece han escogido por blanco de sus censuras los contradictores de toda idea moderna. El teatro, señores, el teatro, que no sólo contribuye al recreo y a la enseñanza pública, sino que sirve principalmente para que por él se conozca el grado de cultura a que ha llegado una nación, sin duda necesitaba en la nuestra (por más que algunos no quieran todavía persuadirse así) una severa y juiciosa enmienda. Los lisonjeros dirán que ésta se ha logrado ya completamente; los malcontentadizos dirán que todo se ha perdido; y los desapasionados, que ni adulan ni motejan por sistema, dirán que se ha adelantado mucho en corto tiempo; que, a pesar de las oposiciones, el fin se ha ido logrando con más feliz éxito que suele la mayor parte de los proyectos nuevos; y que si nosotros nos mostráramos ingratos a las personas que se desvelan en tan útil corrección, la posteridad hará mención honorífica de ellas; y cuando llegue a tener el teatro más arreglado, el más decente, el más deleitable e instructivo, reconocerá a quién se le debe, y sabrá desde

qué época ha de empezar a contar los progresos del arte de la representación.

Pero ¿de qué acalorada fantasía me dejo arrebatar? ¿En qué difuso examen me voy empeñando? Dígase de una vez que ni basta ya para emprender obras provechosas tener pericia, ni buena intención, ni caudal, ni ocasión oportuna, ni protección, ni justicia de su parte, si no hay entereza, tolerancia y aun descaro para resistir el murmurio de los impugnadores, enemigos juramentados de toda idea de adelantamiento.

Esta es la vil envidia. Pero ¡ah, señores! ¡Y por cuán distintas sendas camina la generosa emulación! ¡Cuán saludable es la máxima que guía sus acciones! Atended a ella: "*Desear yo hacer tanto como otro, no es sentir que otro haga más que yo.*" ¿Queréis saber quiénes son los que siguiendo este precepto, sobresalen en las ciencias, honran las artes, y sirven de veras a su nación? El joven aplicado que, admirando la pintura del consumado maestro, no quita de ella los atentos ojos, mezcla de mil maneras los colores, y apura todos los arbitrios del arte para copiar la valentía del modelo que se propone. El poeta que, enajenado con la lectura de la *Iliada*, aspira a ser Homero, observa, discurre, compara, corrige, y desconfiado de poder imitarle, deja la pluma, vuelve



a tomarla estimulado del honor, y en premio de su tarea, saca el fruto de conocer por experiencia cuánto cuesta sólo el querer ser hombre grande. El caudillo que, acampado a vista de las tropas enemigas, nota con una loable ambición los movimientos del general contrario; y prendado de su inteligencia militar no se sonroja de alabarla y aprenderla como superior a la suya propia.

De esta suerte, doctos oyentes míos, el respeto que profesamos a los que han dado pruebas de saber más que nosotros, debe ser el incentivo de nuestro amor a la ciencia, y el más firme apoyo de nuestra buena opinión en la República Literaria. Para no vernos comprendidos entre los murmuradores que pinté en las palabras que me han servido de texto, no basta que nos abstengamos de vituperar a nuestros amigos y domésticos: es preciso que tampoco injuriemos a los Manes de los autores que nos han precedido y enseñado; y sobre todo, señores, que no confundamos la emulación con la envidia.

Infeliz pensión debe de ser de las cosas buenas, que cuanto más útiles y necesarias son, tanto más común es el abuso que de ellas se hace. Y omitiendo aquí otros ejemplos ajenos de nuestro propósito, considérese si hay cien-

cia de mayor provecho que la crítica. Al favorable juicio de ella deben casi tanto como a su mérito intrínseco las obras de los varones eminentes. El examen de los sabios, la censura fundada mantienen a Solón en el concepto de un gran legislador, y a Zoilo en el de un difamador insigne. La crítica da valor a las cosas; y sin ella nos exponemos a dejar lo arreglado por lo defectuoso; pero la crítica también está, sin duda, reputada por la más fácil de todas las facultades, puesto que con estudios cortísimos se precia cualquiera de profesarla. En teniendo bastante libertad para satirizar, hay quien cree que ya sabe criticar bien; y esta es, señores, la segunda equivocación de las que os he prometido aclarar en este discurso.

¡Oh vosotros, ingenios que os apresuráis a publicar impresos vuestros pensamientos, ya sea que, incitados del ansia de los aplausos, más que del deseo de instruir y deleitar, ofrezcáis al público algunos frutos mal sazonados de vuestros estudios, ya sea que, meditando prolijamente lo que escribís, sujetéis vuestras obras al arte y a la lima! Esperad con sumisión el dictamen de los inteligentes y desapasionados, recibid sus consejos, aprended en los mismos descuidos que os corrigen; pero cuando leáis refutaciones en que condenan vuestros escritos sin emprender el

examen de ellos; en que sin alabaros lo bueno que contienen, os reprenden y abultan sólo las imperfecciones, y en que la burla y el baldón son los más poderosos argumentos, ensordecid; no os mostréis ofendidos; no déis a vuestros censores el gusto de contestarles, y alentáos a volver a escribir, que el juicio de las personas hábiles os desagraciará y será en vosotros más aplaudida la moderación, que en otros la sabiduría.

Da Calixto a luz un tomo sobre el Arte del Blasón, y estando algunos discurrendo acerca de la obra, los interrumpe Clitarco, diciendo: "A ese autor que trata de linajes nobles le he visto yo en su juventud descalzo, acarreando tierra en una obra pública. Su hermana estaba entre tanto tendiendo ropa a orillas del Manzanares, y el bodegón de su padre era uno de los más concurridos de esta villa." Por consiguiente, ya será preciso creer que el libro del Blasón está pésimamente escrito.

Sube Elisio al púlpito; y con una elocuencia docta y persuasiva, que le ha costado su desvelo aprender, afea los excesos perjudiciales del pueblo. "Este, dice Euripo, antes de tomar el estado que hoy sigue, tuvo todos los vicios que ahora reprende. Bien sentado dejó su crédito en cierta casa de juego que no quiero nombrar". Ya no puede Elisio predicar bien a los

cuarenta años, porque Euripo sabe la vida que traía a los diez y ocho.

Preguntan a Tesifonte qué tal le parece la habilidad de la comedianta Lucilia; y responde que no sabe cómo el patio la aplaude, cuando todos la conocieron pidiendo limosna a las puertas de una iglesia. De este modo satisficé mi buen Tesifonte a la pregunta, y Lucilia perdió para siempre la gracia de representar bien, porque en algún tiempo se vió necesitada y miserable.

De suerte, señores, que los malos críticos o no pasan a examinar los talentos de las personas, sin dejar primero bien averiguadas sus genealogías y acciones, o les basta indagar éstas para hacer juicio de las habilidades y desacreditarlas como si ya las conociesen, sin duda porque han llegado a creer que se puede amar las letras, aborreciendo a los literatos.

No así los censores cuerdos y de intención sana, que sin guiarse por la buena o mala reputación del autor, ni por la parcialidad de los que le leen, sólo procuran conocerle para advertirle amistosamente algún defecto que hayan notado, franqueándole libros y papeles, si los necesita, sugiriéndole pensamientos de obras que emprender, y ayudándole con noticias y prudentes consejos para el acierto. De este

modo se crían, se estimulan los ingenios, y exponen sus tareas a la general censura.

Pero tampoco será suficiente que pueda presentarse un escritor ante el tribunal de los críticos en la firme persuasión de que se le ha de tratar según las leyes de benignidad y cortesía de los eruditos. Requiere, igualmente, que todos contribuyan a facilitarle la publicación de sus obras por medio de la prensa; pues así como nunca puede quejarse el gobierno político de que en el mercado abunden los víveres, unos mejores que otros, con tal que ninguno de ellos sea del todo pernicioso a la salud corporal, así también ha de procurar el gobierno literario que a sus mercados, que son las bibliotecas, traiga cada autor a vender sus frutos, como no sean enteramente nocivos a la salud del entendimiento.

Y no discurráis, oyentes míos muy amados, que por estas franquicias y privilegios con que deseo se anime y recompense el celo de los que escriben, solicito se les exima de toda crítica, para que confiada e impunemente se acrecienta el número de autores inútiles en la República de las Ciencias. Bien al contrario, si acaso movidos, no de las circunstancias del que aquí os está exhortando, sino de la importancia del asunto que trata, habéis atendido a las primeras cláusulas de este discurso, tendréis

presente lo que desde luego opiné. Que no deban faltar, dije, en dondequiera que hay letras, censores de crédito y pulso, los cuales usando ya de la corrección, ya del elogio, gradúen desinteresadamente las imposiciones que salen a la luz pública. Y no ignoráis que en la capital de Francia, en Bouillon, en Roma, en Dos-Puentes, y en otras muchas ciudades se publican actualmente varios escritos periódicos, que con el título de *Mercurio*, de *Diario Enciclopédico*, de *Efemérides*, de *Gaceta de Literatura*, contienen el extracto y crítica de las obras que en aquellos países y en los extranjeros se dan a la estampa. Califican el mérito de ellas, y al paso que previenen a los menos instruídos para que no yerren la elección de los libros que hayan de leer, logran con sus fundadas reprobaciones que ni los buenos escritores se acobarden, ni se arrojen temerariamente los malos a la difícil empresa de enseñar y deleitar al público.

Años ha que en esta misma corte salía a luz una utilísima obra de igual naturaleza con el título de *Diario de los Literatos de España*, en que trabajaban personas de sólida erudición y delicado gusto. La propia envidia, cuya fealdad os he pintado, y las ofensivas sátiras de que aquellos autores se vieron perseguidos, les dieron motivo muy suficiente para de-

sistir de su loable proyecto, ¡que ojalá pudiese resucitar en nuestros días con gloria de las ciencias y de la patria!

Pero ¿a quién acudo a exponer hoy mis anhelos y mis ideas? ¿A vosotros, que aunque sin duda las aprobáis? no sois los que las habéis de promover? ¿A vosotros, que aunque no me cedéis en las rectas y saludables intenciones, no sois Augustos, ni Mecenas para mandarlas poner en práctica? Dejemos, pues, este cuidado a la actividad y gobierno de los que tienen a su cargo el bien de la República; y nosotros contentémonos con emplear nuestros alcances en servicio de ella, procurando trabajar; no destruir lo que otros edifican. Tengamos emulación; pero huyamos de la envidia. Critiquemos dando razón puntual de lo que criticamos; pero no satiricemos por capricho, ni sólo por deseo de acreditarnos; que para quien aspire a la inmortalidad literaria es muy estrecho campo el que ofrecen las imperfecciones ajenas, y muy dilatado el que las mismas Ciencias nos tienen siempre patente."

Aquí terminó Teofrasto su declamación; y empezó a bajar las gradas de la Cátedra. Al pie de ellas le recibió el amo de casa con los brazos abiertos, y a su ejemplo varios individuos de la tertulia se amontonaron regoci-

jados a congratularle. Pero ninguno hubo tan eficaz en sus demostraciones como cierto ingenio que, arrinconado en el hueco de una ventana, no había perdido una letra de toda la plática. Era el caso, que habiendo compuesto en otros tiempos no sé qué disertación, tuvo la desgracia de que se la criticasen tan inhumanamente, que jamás se la pudo perdonar al público. Parecióle que en el sermón contra los murmuradores se le dejaba plenamente desagraviado; y fuera de sí, atropelló por todo el concurso, y no paró hasta echar el predicador los brazos al cuello, pero con tal ahinco y tales veras, que al primer estrechón le derribó sus griegas y reverendas barbas, con más una gran parte de las canas postizas que su filosófica cabeza autorizaban. Descubrióse entonces el legítimo y verdadero rostro del Sr. D. Severo; y en medio de los parabienes que le repetían algunos amigos suyos (pues también tenía sus enemigos, como otro cualquiera) se oyó la voz de un estudiante que a toda prisa imploraba silencio. Era ya conocido entre los de la concurrencia por la prontitud de numen con que solía echar coplas de repente; y no bien le prestaron atención, cuando encarándose a don Severo, dijo así:

“¿Por qué la murmuración  
se opone a todo lo nuevo?  
A dar la razón me atrevo;



porque es vieja esta pasión.  
Bien predicas; pero son  
tus declamaciones vanas;  
pues ya alguno tendrá ganas  
de hallar, sin salir de aquí,  
con quien murmurar de ti,  
de tu sermón y tus canas."

Celebraron la décima del estudiante; pero no faltó quien reparase que hubo en la sala hasta cuatro personas que mudaron de color, y se sonrieron de malísima gana. Consistía el misterio en que a aquella hora ya se habían ellos entretenido en quitar el pellejo al amigo Teofrasto, y hacer añicos el sermón. Prueba evidente del admirable fruto que de él sacaron.

Continuó esparciéndose por Madrid la voz de que en casa de D. Bonifacio había los domingos de Cuaresma una diversión de nueva idea; y aunque no se ignoraba que las gentes desocupadas del pueblo procuraban ridiculizarla lo mejor que sabían, pudo tanto la curiosidad, que antes del domingo siguiente se halló el dueño de la casa con innumerables empeños de sujetos de ambos sexos, que le pedían permiso de pasar a oír el próximo sermón; de suerte que hubo de recurrir al arbitrio de mandar escribir una gran cantidad de boletines y repartirlos entre aquellas personas con quienes más deseaba cumplir.

Entretanto no se descuidaba D. Patricio en ir aprontando su plática sobre los estudios de la niñez; pero lo que más cuidado le daba era que así como D. Severo había procurado imitar las locuciones de Teofrasto en la pintura de los caracteres, y en las sentencias y máximas morales, dudaba si había él acertado a usar un estilo algo semejante al de Cicerón en la vehemencia de las invectivas, y en la abundancia de los períodos, según se lo había permitido su propio ingenio y la materia misma, que por la menudencia de sus artículos tenía más de instructiva que de predicable.

Llegó el segundo domingo y juntóse el numeroso auditorio; agregándose a los censuradores de la otra vez unos cuantos más, que de mano armada iban a lo que suelen. Sacó de la primera expectativa al concurso el mismo Cicerón que, vestido de una toga y demás requisitos del traje consular romano, ocupó la cátedra, y alzó la corpulenta voz para declamar de esta manera:

”¿Hasta cuándo, señores, abusaremos de la paciencia de los niños? ¿Cuándo nos compadeceremos de lo que sufren por nuestra mala dirección, aún más que por la flaqueza de su edad? ¿A qué extremo ha de llegar nuestro descuido en aliviarles la fatiga y el disgusto.

de los estudios? Ni la consideración de lo que a nosotros mismos nos ha costado aprender por métodos difíciles; ni el amor que debemos profesar a nuestros hijos, y a los de nuestros amigos y deudos; ni siquiera aquella caridad que naturalmente nos merecen nuestros semejantes, han bastado para que procuremos de una vez acertar en la elección de un sistema útil y permanente que les facilite la entrada a las retiradas estancias de la sabiduría.

No prevengáis ya vuestra atención, juiciosos oyentes míos, para escuchar aquí un prolijo y circunstanciado plan del método que generalmente juzgo se debe aprobar para la instrucción de la niñez; pues ni éste cabe en la estrechez de un discurso, ni yo pudiera emprenderle sin recelo de molestaros con la explicación de sus individuales partes. Tampoco esperéis que, deseoso de hacer ostentación o de ingenio, o de elocuencia, medite pronunciar especies nunca oídas, ni divertiros con reflexiones estudiadas; pues siendo mi intención hacerme útil, y no célebre, repetiré lo que muchos han dicho, me fundaré en máximas ya sentadas por varones expertos, y creeré haber desempeñado el objeto de que me encargo, si remitiendo a tiempo y lugar más oportuno el punto de los estudios de la juventud, logro manifestar por

ahora una parte de los abusos introducidos e inveterados en el de la enseñanza pueril.

Tan natural es que los padres eduquen a sus hijos como a ellos los educaron, que si en la instrucción de un niño se comete algún yerro, es muy de creer que aquel yerro mismo quede vinculado en su familia hasta la más remota generación. ¿Qué es lo que principalmente imposibilita la reforma? Que un padre que se acuerda de no haber empezado a deletrear hasta la edad de ocho años, por negligencia de sus mayores, no pensará en procurar que su hijo aprenda el alfabeto antes de la edad de siete, aun cuando haya descubierto talento o memoria a los cinco; y de esta suerte se desprecia aquel segurísimo principio de que las criaturas pueden y deben empezar a saber dar nombres a las cosas. No se repara en que pierdan uno, dos o más años; pónenles el abecedario en la mano cuando ya han tenido tiempo para distraerse con otros entretenimientos; y lógrase por fruto de esta tardanza, que cobren odio a todo lo que requiere alguna aplicación; que escasamente estudien aquello que se les manda mientras los amenaza el azote, y que se fastidien y acobarden sólo de mirar el libro por el forro. Tratados hay escritos sobre el modo de atraer y halagar a los niños, y de inclinarlos a solicitar ellos mismos el tra-

bajo, ya premiándolos con juguetes o golosinas que tengan la figura de las letras, para que así se les queden impresas en la imaginación, ya ofreciéndoselas en estampas o vitelas doradas, ya regalándoles libros con vistosas encuadernaciones y adornos pintados; todo para que aprendan voluntariamente y como por diversión, sin que jamás se les figure que los violentan a estudios serios y penosos. Me admiro de que se hallen tan poco introducidos estos arbitrios, aconsejados desde tiempo antiquísimo por personas muy sensatas y acreditados con las experiencias hechas modernamente.

Quiere el uso común que si a la enseñanza del arte de leer se sigue la del escribir, a éste se haya de seguir el de contar, y al de contar la Gramática. Pero muchas veces me he puesto a discurrir qué razón podrá haber para que no se enseñen los rudimentos de la Aritmética al mismo tiempo que los de la escritura; y por qué hasta saber los unos y los otros, no se aprenden los de la Gramática. ¿Acaso para retener en la memoria los elementos de ésta se necesita la ciencia de los números? ¿Por ventura es incompatible el conocimiento intelectual de los guarismos con la práctica material de formar letras? El discípulo que llegando a edad de algún discernimiento, se ocupa en el ejercicio de leer, perfecciona lo que ya sabe;

pero casi en nada emplea entonces sus potencias. Entretanto que la dedica a escribir, no necesita otra que la de la voluntad; pues ni el entendimiento ni la memoria le sirven para la buena formación de caracteres. Mientras practicó las reglas aritméticas que ya se le han dado, trabaja un poco con el discurso, y otro poco con la retentiva; pero siempre debe sobrarle tiempo para estudiar sin confusión ni atropellamiento los primeros preceptos de la Gramática. ¡Oh cuán desengañados están ya algunos padres y maestros del atraso que en esta parte se experimenta!

Pero como la enseñanza de la latinidad es la que sirve de base fundamental a los demás estudios, y la que en nuestros días se ve expuesta a mayores y más lastimosos abusos, no extrañaréis, señores, que aconsejado de la imparcialidad y del amor a la patria, no de inclinaciones o fines particulares, me extienda en este punto más que en otros, y que por la defensa de la razón y suma importancia de la materia, me exponga al peligro de parecer apasionado o difuso.

En este país se acostumbra enseñar la lengua de los romanos por un libro escrito en la lengua de los romanos. En este país se ha usado hasta aquí dar a los discípulos, para explicación y suplemento de este mismo libro, tres,

cuatro, cinco o más libros menores, que tienen el nombre de cuadernillos. En este país se aprende un arte que enseña la Gramática, y no dice qué es Gramática; que empieza por los ejemplos de las declinaciones de los nombres, antes de indicar qué es la declinación, ni qué es nombre; que va explicando las partes de la oración, antes de decir cuántas son, ni cómo se llaman; que ofrece reglas en verso latino a los que todavía no entienden la prosa latina; que da dos diversas definiciones de una misma cosa, y de otras muy esenciales ninguna; un arte, en fin, que se intitula de Antonio de Nebrija, y no es de Antonio de Nebrija; abusos que advierten los más ignorantes; pero que no parece quieren comprender algunospreciados sabios.

Y si en este mismo país se hallase algún hombre que no habiendo dejado de la mano los escritos de los buenos autores latinos, después de dar notorias pruebas de saber con perfección este idioma, y teniendo presentes los métodos gramáticos de todas las naciones cultas europeas, escribiese uno de la lengua latina, no sólo en lenguaje vulgar, sino también en verso limado, compendioso y fácil de encomendarse a la memoria; y este método contuviese en poco más de trescientas páginas mayor número de preceptos que ninguno de los conocidos,

sin necesitar de explicaciones de otros libros sueltos, y sin omitir, además de las observaciones gramaticales, aquellas que enseñan las recónditas propiedades y delicadezas de la lengua que se aprende ¿no sería regular que, cotejándose los defectos del sistema antiguo con las ventajas del moderno, se abrazase éste, cuando no por honrar a un autor benemérito, a lo menos por propia conveniencia, y siquiera por no perder el crédito en el concepto de los inteligentes?... Pues admiráos de oír que un erudito de esta nación ha desempeñado, en efecto, tan ardua y provechosa tarea, y que su obra no ha podido libertarse de injustas contradicciones; bien que ha sido como piedra de toque para conocer los quilates de talento de algunos sujetos.

Varios de los que repugnan adoptar la nueva Gramática son de aquella secta perniciosa que en este mismo puesto pintó y reprendió no hace muchos días el segundo Teofastro; de aquellos ciegos idólatras de la preocupación antigua, e implacables enemigos del desengaño moderno. Entre los padres, unos obran por absoluta impericia; otros por sugerencias de algunos maestros. Entre los preceptores, unos gradúan de prolijo el nuevo método, como si acaso hubiese en él expresiones redundantes y no fuese preferible tener reducido a reglas fijas lo que



hasta aquí se sabía por uso y por lectura de largos años; otros le acusan de demasiado profundo; otros se escandalizan de que haya quien intente mejorar el arte común, por el cual han estudiado los españoles más doctos, como si éstos debiesen su ciencia al imperfecto libro que aprendieron, y no a la continua y particular aplicación que después de salir de las aulas les costó el aproximarse a la perfección latina; y, generalmente, todos los maestros tienen interés en defender el método que siguen; pues calificarle de absurdo sería lo propio que declarar ellos mismos haber sido maestros ignorantes, haber estado siguiendo hasta hoy una senda errada, y haberse valido así de la confianza de los padres, de la inocencia de los niños, de la tolerancia del Gobierno. Sería entonces afrenta, sería trabajo para ellos volver a la clase de discípulos, humillándose a estudiar un nuevo arte para poder enseñarle después en sus escuelas; y cuanto más arreglados y sucintos son los preceptos de él, tanto mayor razón tienen de clamar contra la temeridad de aquel que en lengua castellana y en metro perceptible supo allanar las escabrosidades antiguas, para que pudiese un joven adquirir en algunos meses la doctrina que muchos de ellos no han alcanzado en tantos años.

A éstos aplicaría yo las mismas palabras

que dije en mi oración a favor de Marco Celio: *Haec igitur est tua disciplina? Sic tu instituis adolescentes? Ob hanc causam tibi hunc puerum parens commendavit, et tradidit?* ¿Es ésta tu enseñanza? ¿Así instruyes a los jóvenes? ¿Para eso te entregó y encomendó este niño su padre?... ¡Cuánto no adelantarían los que en edad adulta se aplican hoy a instruirse por sí propios, si hubiesen estudiado con principios arreglados, y no tuviesen que trabajar para desechar los que les dieron y adquirirlos mejores!

Confiesen los amantes de la buena fe, si no les causa horror y lástima aquella dura tiranía de pretender que una criatura comprenda en idioma desconocido para él los difíciles preceptos del mismo idioma. El propio Antonio de Nebrija, que formó en latín unas introducciones de esta lengua y después las tradujo a la nuestra, declaró expresamente que le pesaba de no haberlas escrito desde luego en castellano, pues así sería más general la utilidad de ellas (\*). Si fuese dable, señores, que todos los niños de España se congregasen, formando

---

(\*) Véase el Prólogo de las *Introducciones Latinas, contrapuesto el Romance al Latín*, por el Maestro Antonio de Nebrija, impresas en Madrid, año de 1773, a costa de D. Bartolomé Ulloa. libre-ro de esta Corte.

como una república, ¿qué debería hacer el senado o tribunal que eligiesen para su gobierno y administración de Justicia? ¿Qué? Renovar la pena del talión, y precisar a los maestros de Gramática latina a aprender la lengua griega por reglas diminutas, intrincadas y escritas en malos versos griegos. ¿Adónde encontraría el senado bastantes brazos incansables de verdugos que manejasen entonces a proporción la palmeta y el azote?

Ociosas parecerían, hablando yo con un concurso erudito, las pruebas que por extenso pudieran alegarse de que no fué compuesto por el célebre Nebrija el arte que comúnmente se le atribuye (\*). Bien saben los que me escuchan,

---

(\*) En prueba del fundamento con que asegura el orador que el arte llamado de Nebrija no es de este autor, sino del jesuíta La Cerda, se copiará aquí el artículo núm. 8 de la Certificación del Padre Juan Manuel Villarrubia, Prefecto de los Estudios Reales de Latinidad del Colegio Imperial de esta Corte, que se lee al principio de la edición de dicho Arte, hecha en Madrid en 1751.

“Que el título de la primera plana se ponga en la forma siguiente: *Ælij Antonii Nebrissensis de institutione Grammaticae Libri quinque, jussu Serenissimi Philippi III. Hispaniarum Regis Catholici, a R. P. Joan. Ludov. de La Cerda S. I. in Epitomen redacti: nunc autem ex Regii Senatús consulto diligenter recogniti, ab innumeris mendis repurgati; ad pristinam ferme puritatem restituti, et imposterum vindicandi à R. P. Praefecto Scholarum Humaniorum Collegii Imperialis Matritensis, ejusdem Societatis.* Porque de esta suerte se atien-

cómo aquel insigne gramático publicó sus observaciones en un abultado tomo; cómo el jesuíta La Cerda, tomando de él lo que le pa-

de al decoro y buena memoria de Antonio de Nebrija, varón eruditísimo y gran maestro de latinidad de España en nuestros últimos siglos; y se restituye este Epítome a cuyo es; *pues Antonio no tiene en él cosa alguna*, como consta por el decreto del Señor Felipe Tercero, en el cual excluye y prohíbe Su Magestad en las Escuelas de latinidad el uso de todos los Artes anteriores, expresando y prohibiendo entre ellos el de Antonio de Nebrija. Y D. Nicolás Antonio, Agente de España en Roma y después Consejero de Cruzada, que falleció pocos años ha, dice de nuestro Arte lo siguiente: (in Bibliot. Hispan. tom. I, pág. 106) *Animadvertendum est, Artem Grammaticae, qua nos utimur, quantumvis ab Antonio (Nebrissensi) appellatam, à Joan. Ludovico de La Cerda S. I. viro eruditissimo formatam esse: cujus ipse, ut proprii operis, meminit in Commentariis Virgilianis. Id quod fugit Vossium, aliosque non è plebe Grammaticos, Antonio hanc Artem, non sine laude attribuentes: verequè ipsa toto coelo differt ab Antonianis praeceptionibus. Sed cum emolumenta quae ex Editione Artium, seu Grammaticae Antoniane deciperentur, Archinosocomio Matritensi adjudicata olim essent, permisum, sive prosisum fuit Ars ut haec reformata Cerdae: cum veteri Nebrissensis appellatione, ut prius, ederetur, ne opus esset novo Regis Privilegio. Eoque magis necessarium, et fructuosum fuit hoc doctissimi Cerdae consilium, quòd Antonius in his Grammaticis Institutionibus plura admiserit juxta captum illius barbari saeculi, nec omnino sententiam suam aperuerit, quam in vulgus probandam diffideret, secus atque in commentariis fecit, in quibus cum Doctoribus sermonem instituebat, ubi quid quaque de re sentiret, liberius & apertius pronuntiavit.*"

reció, formó sin orden, sin claridad ni elección, un conjunto de reglas y ejemplos, bien distante de poder facilitar la enseñanza de la juventud; y cómo la fama del nombre de Nebrija ha servido hasta hoy de sombra, de escudo y de velo a la insuficiencia de los que el público o los particulares pagan como a Maestros, y que, aparentando seguir la profunda doctrina de aquel sabio varón, sólo siguen el defectuoso sistema de un oscurísimo gramático.

Pero ya que la gravedad del asunto, y el deseo del acierto me han obligado a citaros el nuevo método, no como obra de un hombre capaz (que eso sería interesarme a favor del autor) sino como obra utilísima en sí (que esto es mirar por el bien de la causa justa), me permitiréis que, trocando el oficio de orador por el de profeta, os anuncie desde ahora que alguno habrá que por no rendirse, tomará algún día del mencionado arte de Gramática aquellas reglas que más acomoden a lo limitado de la instrucción que piense entablar, y reduciéndolas quizá a mala prosa, las ofrecerá a los alumnos como propia invención. Estad alerta, y no os dejéis sobrecoger de plagiarios.

Entretanto hagamos un beneficio a algunos padres con desengañarlos, si ya no les han bastado las experiencias. Advirtámosles que estudiando como hasta aquí, nunca llegarán sus

hijos a poseer la verdadera latinidad; que reparen cómo al cabo de tantos años de estudio saben los jóvenes algunos elementos generales y confusos que sólo les sirven para errar menos en la gramática de su propio idioma, pero no para escribir bien en el latino; y que, si no han de sacar otra fruto que éste, valdrá más que desde niños aprendan únicamente la gramática de su lengua castellana y aprovechen en otros estudios el tiempo que pierden en el de la latinidad.

Desde ésta (bien o mal aprendida) pasan en España los mozos a la Escuela de una Filosofía cuyas nulidades no pudiera yo especificar ahora sin salirme de mi intento... ¿Pero qué es esto? La ciencia de discurrir y de averiguar la verdad, la que enseña la esencia de las cosas naturales y físicas, la que medita las espirituales e invisibles, la que debe ser empleo de aquellos ingenios sublimes y penetrantes que una nación produce tan contados en el espacio de muchos siglos, se enseña a unos mozos que todavía no han hecho como debieran estudio del idioma de su patria, que sólo saben una escasa parte del latino; que aun cuando estén instruídos en las reglas de él, no las han puesto todavía en práctica, por faltarles el ejercicio de la Retórica; que ignoran la Geografía y, por consiguiente, no conocen siquiera el te-

reno que pisan; que se hallan privados de las luces de la Historia antigua y moderna, incluso la del reino en que han nacido... Si fuesen menos notorias las vergonzosas consecuencias de la falta de instrucción en estos esenciales puntos, no extrañaríamos el descuido que hay en evitarlas; pero, por desgracia, bien frecuentes, bien cotidianos ejemplos nos están ofreciendo en sus acciones y palabras las personas que, por haber carecido de aquella educación correspondiente a su clase, son irrisión de muchas concurrencias.

Y a la verdad ¿qué opinión, qué aprecio granjeará, para los cargos civiles o para el trato privado de las gentes, el que, no teniendo conocimiento del valor y uso de los términos de su lengua, ni tintura de los preceptos retóricos, se halla inhábil para expresar adecuadamente sus pensamientos, para persuadir con sus razones, o para deleitar con su estilo?

Por otra parte ¿a qué sonrojos no vive expuesto el que ignorando los principios indispensables de la Geografía se desliza a cada paso, como el que dijo que el archipiélago era el río más caudaloso de toda la América, y que los Alpes eran unos pueblos inconquistables?

Pero no es menos afrentosa ignorancia la de la Historia. Ojalá me engañase yo, señores, al aseguraros que entre sujetos condecorados, su-

jetos de lucimiento y que debieran ser superiores a la plebe en la instrucción como lo son en la riqueza, se encuentran, con gran sentimiento nuestro, algunos incapaces de responder a quien tuviese valor de preguntarles: ¿Qué naciones han dominado en esta monarquía? ¿Cuál ha sido el orden de sucesión de sus principales reyes? ¿Qué varones ha producido más eminentes en armas o letras? Persona habrá a quien fácilmente se pueda persuadir que los cartagineses echaron de España a los árabes; que Felipe II fué padre de Carlos V; que Quintiliano fué un esforzado capitán fenicio, y Aníbal un gran literato español.

No negaremos que es crecido el número de personas inteligentes que conocen estos abusos de la enseñanza de los niños, que se compadecen, que claman, que exhortan; ni ignoramos cuántos padres se esmeran en dar buenos principios a sus hijos; pero tened por cierto, respetables oyentes míos, que una gran parte de la negligencia que se echa de ver en la educación de los hijos de familias particulares depende del ejemplo que dan los poderosos; pues aquellos que debieran ser norma de los inferiores no son siempre modelos perfectos para propuestos a la imitación pública. ¿Quién no se admira de que un mancebo ilustre sepa puntualmente de memoria los nombres y circunstancias de las ca-



ballos y mulas de que se sirve, e ignore cómo se llaman y en qué sobresalieron los héroes más aplaudidos de la Historia? ¿Qué aprenda a distinguir y manejar con inteligencia las figuras de una baraja antes de conocer por retrato a los mismos ascendientes que ennoblecieron su casa con sus hazañas militares? ¿Que al modo que tienen coche y cama de respeto, tenga también biblioteca de respeto, en que sólo entren criados a sacudir de tiempo en tiempo el polvo, y que esté acaso en igual o en menor aprecio que otra cualquiera oficina de su casa, como la repostería? A alguno de estos personajes acaudalados suelen dedicar los ingenios el fruto de sus estudios. Llega un autor a presentarles una obra; y por no conocer el trabajo que cuestan las tareas de entendimiento, le reciben casi con la misma estimación que al sastre que les trae un vestido. Si alguno de vosotros cree que exagero esta verdad, aconséjole que haga experiencias; y cuando entre veinte poderosos halle uno que le proteja con dinero y dos que le estimulen con palabras, los diez y seis restantes, tácitamente, le desanimarán con su indiferencia, por no decir con su desprecio.

Cesarán estos males cuando acabemos de confesar que los hombres podemos ser todo lo que la educación quiere que seamos; que el estudio de la sabiduría debe ser nuestro princi-

pal empleo; que, sin ella, las virtudes mismas parecen toscas e imperfectas; que los maestros destinados a la instrucción de la infancia han de ser sujetos alentados de celo nacional, y de otro generoso interés más eficaz que el del estipendio que les señala la República; y que a los autores de buenos libros acomodados para la enseñanza común debe el Estado tanto como a los conquistadores que le han engrandecido, o a los legisladores que le gobernaron”.

Dijo Cicerón; y más hubiera dicho, si el recelo de que su plática degenerase en disertación prolija no le hubiese obligado a cercenar algunos párrafos. Lo primero que oyó al bajar de la cátedra fué el cumplimiento de una dama, que le decía: —No hay duda, Sr. D. Patricio, que está usted perfectamente vestido. —Señora, respondió el orador, siento no haber podido ser más elocuente. —No digo eso, replicó la dama, sino que le sienta a usted muy bien esa ropa talar. —Ya lo entiendo, respondió D. Patricio; su voto de usted puede dar vanidad a cualquier predicador; y si acaso mi sermón llega a darse a luz, imprimiré como aprobación de él el elogio que usted hace de mi traje.

Durante este diálogo, notaron algunos que el Sr. D. Bonifacio, amo de la casa, se había trabado de palabras con un caballero. Mu-

chos acudieron a oír la disputa, la cual provino de que apenas se concluyó la oración, cuando el referido señor, en voz alta e inteligible, se dejó decir: —Bravamente ha defendido el predicador la Gramática de D. Gregorio Mayáns—. Sonrióse D. Bonifacio que lo oyó; y sintiéndose de ello el caballero, hubieron de venir a razones. —¿Cómo, dijo el dueño de la casa, ha oído Vm. la plática? —Y con mucha atención, respondió el otro. —¿Pues qué? ¿No explicó el predicador bien claramente que un literato de estos tiempos había escrito una Gramática que estaba en verso castellano, y que había tenido fuertes contradicciones? Esto entiendo yo que es hablar de la de Mayáns. —Con licencia de usted, replicó D. Bonifacio. Aquel erudito merece sumo aplauso por haber dedicado su desvelo a la composición de una Gramática latina que nos hacía falta; y ojalá hubiese en cada provincia de España un par de literatos que le imitasen en el incesante estudio y en el esmero de contribuir a la ilustración común. Pero como la poesía requiere particular inclinación y numen, y para instruir a niños no basta la profunda ciencia del maestro, si le falta aquel conocimiento práctico de lo que se les ha de enseñar, y de lo que se ha de omitir para no ofuscarles la memoria con elementos difusos, no hay que temer que un hombre

tan docto, celoso e ingenioso se ofenda de que algunos piensen que el método que compuso no es proporcionado para el uso de todos los jóvenes, por la prolijidad de las reglas y de los ejemplos, y por otros inconvenientes, cuya explicación es para más despacio. En este concepto, nuestro predicador, sin nombrar o censurar dicha Gramática, ni cotejarla con otra alguna, meramente habló de la del bibliotecario Iriarte, y en términos bien comprensibles. Usted las confundió ambas; de que infiero yo que no es el único que sin haber leído la una ni la otra habla de la materia. —Señor, replicó el caballero, yo sólo he dicho... —Usted ha dicho, interrumpió D. Bonifacio, que el predicador había defendido la Gramática de D. Gregorio Mayáns; y si hubiera usted oído atentamente el sermón ¿se olvidaría tan pronto de lo que en él declaró D. Patricio? Allí expresó que el nuevo método se contenía en poco más de trescientas páginas, circunstancia que conviene a la segunda edición del de D. Juan de Iriarte, que no llega a trescientas cincuenta, y no al de D. Gregorio Mayáns, que si mal no me acuerdo del cálculo que en otro tiempo hice, ocupa dos mil ciento cincuenta y tantas, sin comprender la Ortografía. Advirtió el misionero que los versos eran limados; y ésto no lo pudo decir de los de D. Gregorio Mayáns; pues este mismo autor

en el Prefacio de su Gramática (\*) previno que los oídos de los prudentes lectores disimularían las faltas de medida que hay en su poesía. A esta tal poesía da él mismo lisa y sinceramente el nombre de *prosa*, como que en realidad lo es, tanto por no observar número constante de sílabas, cuanto por no tener consonancia, ni asonancia; licencia que el uso de nuestros poetas permite muy bien en el verso heroico; pero jamás en el de ocho sílabas. Además de esto: por el método de que se hablaba en la oración aprenden los jóvenes en poco tiempo, según Cicerón nos lo ha apuntado; lo cual viene de perilla a las Gramática de Iriarte, con la cual han aprovechado infinito en pocos meses algunos niños, que sería fácil citar; pero nunca podrá aplicarse esto a la de Mayáns, pues no sabemos que por su obra haya adelantado todavía discípulo alguno; bien que salió a luz antes que la de Iriarte. Y para que no nos cansemos, bastante manifestó el predicador que por el bien de la juventud desearía se adoptase la nueva Gramática; lo que no diría si hablase de la de Mayáns, pues por ésta se ha mandado ya enseñar en los estudios de varias provincias del reino. Así que, señor mío, usted quedará satisfecho con esto; y a mí no me toca ave-

(\*) Págs. 43 y 44.

riguar si se ha equivocado por descuido o por malicia. De todos modos, es usted dueño de preferir y elogiar de las dos Gramáticas la que guste, con tal que no me las ponga en comparación; pero como la una en nada se parece a la otra, alguna de ellas ha de salir agraviada.

Esta conversación y otras muchas que pasaban en la sala oía sumamente disgustado nuestro estudiante versificador. Desagradóle mucho que Cicerón hubiese predicado en desierto, y remontándosele la indignada musa, no pudo menos de reprenderle en esta octava súbita endecasílabo esdrújula:

”¿Qué sirve, Tulio, que hables de Gramática,  
de enseñanza geográfica e histórica,  
si es difícil convenzas con tu plática  
a ignorantes de práctica y de teórica?  
Mira que hay cierta gente catedrática,  
que jamás da respuesta categórica:  
y pues de estudios no eres tú preposición,  
deja hacer cada día un despropósito.”

No extrañaron la claridad del poeta los que sabían que acostumbraba decir las verdades con achaque de que lo pedía así la fuerza inevitable del consonante.

Dividiéronse mucho las opiniones de los críticos, y no fueron las señoras las que más contentas salieron de tan extraordinaria diversión; bien que las más astutas hicieron lo que algunos

de los hombres, que aplaudieron el sermón, por dar a conocer que le habían entendido.

Dos días se habían pasado después de la oración ciceroniana, cuando juntándose en casa de D. Bonifacio la tertulia nocturna, se trataron en ella asuntos de consecuencia.

D. Silverio, a quien tocaba el inmediato sermón, que en cabeza de Cervantes había de predicar sobre materias de teatro, manifestó que si le continuaba una jaqueca que le había acometido de recio, dudaba poder desempeñar su encargo el domingo siguiente. Parecióle al amo de casa que D. Silverio buscaba aquel pretexto para excusarse; y, tanto le apuró, que le precisó a que respondiese en estos términos: —Amigo, hablemos sin rodeos ni disimulos. Los asuntos de los demás sermones pueden ser más difíciles que el del mío; pero ninguno hay tan delicado. Los dictámenes y los partidos son muchos en punto de teatro; y de cualquier modo que uno se explique, no puede menos de hacerse odioso, sin poderlo remediar humanamente. Y no sospeche Vm. que es mi fin huir el cuerpo al trabajo ni a la dificultad; pues para complacer a la tertulia, ya tengo casi concluído mi sermón; y aun he de traer en la faldriquera muchas apuntaciones de las que me han servido para componerle. Encargado tenía ya el vestido a la española para disfrazarme de Cervan-

tes; pero a pesar de todos estos preparativos, he reflexionado después cuánto conviene desistir del proyecto.

Interrumpió a D. Silverio su compañero don Facundo, a quien tocaba el cuarto sermón sobre la poesía. —También yo, dijo, tenía prevenido ya un pelucón blondo para vestirme de Boileau; pero hagan ustedes cuenta que me duele la cabeza como el Sr. D. Silverio, porque estoy bien lejos de predicar. Forzoso será ya que informemos al Sr. D. Bonifacio de lo que hablan por ese lugar acerca de las misiones literarias que ha establecido en su casa. —Sí, por cierto, añadió D. Justo, que estaba nombrado por quinto predicador; cosas he oído yo que desanimarían al espíritu más intrépido. ¡Vaya que el presidente de nuestra tertulia, con la mejor intención del mundo, nos ha hecho ridículos para siempre en el pueblo! Tres que estamos ahora aquí, nos hallamos ayer en cierto paraje en que ni dejaron hueso sano al pobre D. Bonifacio ni a sus inocentes tertulianos. —Lo primero que dicen, continuó D. Facundo, es que ésta se ha vuelto casa de locos; que nuestras vestiduras son mojiganga, y nuestros sermones juego de niños; que el primer predicador Teofrasto, es un pedante clásico, que pensó aturdirnos empezando su sermón con un texto griego, en que la palabra más sonora que había



era *KAKA*; que el segundo predicador se metió a maestro de chiquillos; ocupación bien digna, por cierto, de un Cicerón; y, finalmente, que reniegan de diversión en que ni se baila, ni se come, ni se puede meter ruido. —Corone Vm. toda esta crítica, añadió D. Severo, con lo que hoy mismo decían unos ociosos que se paseaban por los claustros de un convento. Convenían todos en que era abuso digno de la más seria reprehensión que una cosa tan sagrada como los sermones se ridiculizase y profanase en casas particulares; como si la elocuencia debiera hallarse estancada en las Iglesias, y como si el nombre de *sermón* tuviese en sí algo de sagrado, cuando el gentil Horacio dió en latín a sus sátiras el título de sermones, que equivale a *discursos* o *razonamientos familiares*; y en nuestra misma lengua se da el nombre de sermón no sólo a las oraciones cristianas y *evangélicas*, sino también a cualquiera amonestación, exhorto o reprehensión de algún defecto, en el sentido que lo usó Ercilla, diciendo:

“Que al hijo incorregible y obstinado  
le importunan y cansan los *sermones*.”

—Algunos han reparado, interrumpió D. Patricio, que para un entretenimiento mundano se hayan escogido los días de la Cuaresma; y quien quisiese exponerse a disputar, podría res-

ponder que ni todas las horas de ella se pasan en los templos, ni hay materias en que mejor puedan emplearse los ratos que sobran del tiempo dedicado a la virtud, que las de literatura, en que se ejercitan inocentemente los ingenios.

“Todos esos reparos son nada, añadió uno de los circunstantes, en comparación de los que se oyen por otras partes. Publican algunos que no saben cómo un sujeto de las prendas de don Bonifacio consiente que en su casa se intente desacreditar a toda la nación, declamando contra abusos que debieran callarse. No puedo negar que esto me irritó, y que respondí a los que me soltaron esta proposición: “Señores, cuando un predicador reprende el vicio de robar, no supone que todos los habitantes del pueblo sean ladrones. Los oyentes a quienes comprenda la carga se quejarán, o tendrán allá sus remordimientos interiores; pero la nación nada pierde por las culpas de algunos particulares. Bien al contrario, gana infinito en que se sepa que sobran en ella personas que adviertan y condenen los defectos de sus compañeros; pues, si todos callasen, se inferiría que estaban bien hallados con su error. Y, finalmente, véase cómo cada día están saliendo en Francia escritos en que se ridiculizan las modernas extravagancias de muchos de aquellos nacionales, sin que por eso se resientan los franceses dotados de buena

razón...” Qué se yo qué otras cosas les respondí; pero ellos se quedaron con su tema de que el amo de esta casa era un mal patriota, porque en su tertulia se había dicho que el vulgo de España suele oponerse a todo lo nuevo, sólo porque es nuevo, y que los pobres muchachos españoles después de gastar en las escuelas tres años o más, no son capaces de escribir en buen latín. Mucho han amargado estas dos verdades; pero ¿cuál será menor descrédito? ¿Que nosotros mismos las digamos, deseosos de que se ponga remedio, o que los extranjeros nos las vengan a echar en cara, creyendo que vulgo y no vulgo, todos pensamos del mismo modo?

Confuso y taciturno quedó por largo rato D. Bonifacio; y dando al cabo una palmada en la mesa: —Ya me espantaba yo, dijo, de que no se malograra una invención tan loable. Creo muy bien que habrán hablado eso y mucho más. Por algo propuse yo que nuestro primer sermón fuese contra los murmuradores, enemigos de toda idea nueva. Pero ni aun esa precaución me ha valido... En fin; veo la razón y convengo, como Vms. en que desde luego se suspendan las pláticas, porque yo también tengo mi crédito que perder... ¡Yo mal patriota! ¡Mi tertulia, tertulia de alocados!... Estimo me hayan avisado en tiempo; pero este ejemplar nos servirá de escarmiento para no

emprender proyecto útil que pueda llegar a ser público. Me ha enfadado mucho, lo confieso. ¿Cómo se ha de remediar? Imposible es tapar a todos la boca.

—Bien lo estaba yo anunciando, dijo el estudiante; pero por vida mía que nada siento como perder el sermón del Sr. D. Facundo. Yo quisiera ver qué nos decía de bueno sobre el oficio de poeta, que a fe a fe que no todos saben las quiebras que tiene, principalmente si escribe para el teatro. —Paréceme, le replicó D. Facundo, que nos recitó Vm. poco ha un soneto que compuso sobre la materia. —Cierto, respondió el estudiante; y aun le sé de memoria. Habla un poeta dramático; y dice así:

“El que de su quietud tanto se olvida,  
que entrega a bravo mar frágil navío;  
el que en la guerra, por mostrar su brío,  
pone contra mil balas una vida;  
quien todo su caudal de un lance envida;  
quien o esgrime, y se arriesga a un desafío;  
quien se expone al capricho o al desvío  
de una mujer hermosa y presumida;  
el que sube a una cátedra sin ciencia,  
y el que al púlpito saca sus sermones,  
fundando en su memoria su elocuencia,  
todos ellos de ti tomen lecciones  
en materia de arrojo y de imprudencia,  
pues al teatro das composiciones.”

—Todo eso está muy bien, dijo una señora que con honores de erudita asistía a la tertulia; pero me apesadumbra mucho que nos hayamos

de quedar sin oír el último sermón moral en que el Sr. D. Bonifacio había de exhortar a la sociedad y buena correspondencia de los dos sexos. Yo tengo noticias de que allí pensaba pintarnos los paseos, bailes, teatros, academias y demás concurrencias, descubriéndonos algunos secretos para hacerlas todas más divertidas de lo que suelen ser. La *humanidad* se lo agradecería mucho, particularmente si con la decencia que le es tan natural, hubiera hablado de ciertos abusos introducidos en el punto más esencial del trato, que es el amor.

—Materia dilatadísima, saltó el estudiante, sobre que hay mucho dicho, hecho y escrito; y aunque no hay poeta a quien no se le espelucen los cabellos de tocar un asunto acerca del cual se están diciendo tantas y tales cosas desde el principio del mundo, yo, indigno y miserable siervo de Apolo, me he atrevido a meter mi cucharada, reduciendo todo mi sistema a un soneto, cuyo tenor es el siguiente:

“¡Ay de ti, si proféticos amores  
manteniendo de verdes esperanzas,  
ausencias sufres, y desconfianzas,  
hecho el ánimo a prueba de rigores!

¡Ay de ti, si después que los favores  
de tu hermosura idolatrada alcanzas,  
empiezas a inferir de sus mudanzas  
que se ha cansado ya de que la adores!

El que de amor la tiranía siente,  
ya al principio, ya al fin, es desgraciado;  
sólo es feliz quien goza el bien presente

sin que a su idea sirvan de cuidado los males que pasó de pretendiente, ni los que pasará de jubilado.”

Amenísimo estaba aquella noche el numen de nuestro poeta; y todo se necesitaba para templar el mal humor de que se puso D. Bonifacio con los avisos que le dieron de lo que de él se murmuraba en el pueblo.

—Nadie, dijo D. Justo, echa de menos mi sermón. Pues yo les aseguro que ya me habían ocurrido ciertas especies, no despreciables, que extender en él. La parcialidad de los críticos sobre la excelencia de los antiguos o de los modernos, dió motivo en otros tiempos a los sabios de Francia de discurrir y escribir mucho; y, por consiguiente, nunca podrían faltarme materiales para este primer punto del sermón de Pope. Para el segundo, sobre la parcialidad de los mismos críticos a favor de los autores nacionales, o a favor de los extranjeros, tenía ya meditado aconsejar a nuestros ingenios que, sin conceder a los extraños, especialmente franceses, la absoluta primacía en todos los asuntos, como muchos hacen apasionada, o inconscientemente, y sin negarles tampoco lo que han adelantado en algunas materias, después de la restauración de las letras en Francia (porque antes fué su literatura una de las más atrasadas de Europa) depongan toda vanidad, y vayan tradu-

ciendo a nuestro idioma algunas obras excelentes que hoy tiene aquella nación. Lo primero porque ya es difícil lleguen otros a escribirlas tan buenas sin mucho trabajo, y sin repetir o copiar gran parte de lo que ya los franceses dijeron; y lo segundo porque en trasladar sus escritos no haríamos algunas veces más que cobrar lo que es nuestro; pues bien sabido es que los extranjeros se han estado aprovechando de libros que nosotros tenemos bien olvidados. Y si ellos no han tenido sonrojo de tomar muchísimos de los españoles, de los ingleses, de los italianos y aun de los alemanes ¿por qué nosotros nos hemos de avergonzar de tomar lo bueno que ellos tienen? Quiero decir, que imitemos, por ejemplo, su poesía, por lo que mira a la claridad de los pensamientos, al modo de colocarlos, y a la distinción y propiedad de los estilos; pero no en lo que pertenece a la armonía, pues su lengua no la tiene, ni para la poesía, ni para la música; verdad que confiesan y lamentan los más clásicos humanistas franceses. Imitémoslos en la aplicación con que se dedican a escribir sobre todos asuntos, de suerte que han llegado a tener en su idioma tratados completos de todas las ciencias y artes inventadas; pero no los imitemos en la ligereza con que censuran a las demás naciones. Principalmente de la española hablan con menos cono-

cimiento que si trataran de los persas, de los chinos o de otros pueblos más remotos. Desprecian nuestros libros, sin haber leído de ellos otros que el Don Quijote, y ese por que le hay traducido en francés, aunque mal. Ignoran totalmente nuestra lengua, y quieren dar voto sobre nuestra literatura. Nos achacan costumbres que nunca tuvimos, o dicen que observamos en el día las que ha más de un siglo se desterraron. Defraudan a nuestros artífices de la gloria de algunas obras, como cuando atribuyen a un francés la invención y dirección de la fábrica del Escorial. Corrompen y vician los nombres y apellidos de nuestros principales autores (\*), llamando verbigracia a Lope de Vega, *López de Vega*. Equivocan y confunden todas nuestras cosas, como cuando dicen que en España hay una orden de caballería que se llama del *Hábito*; y si en algunos de sus libros citan un

---

(\*) Aunque pudieran citarse innumerables ejemplos de esta adulteración de nombres y apellidos, sólo se hará aquí mención de uno muy reciente. El "Diario Enciclopédico", del mes de febrero del presente año, da noticia (pág. 168) de la célebre Biblioteca Árábigo Hispana Escorialense, del erudito bibliotecario don Miguel Casiri; y aunque copia en latín el título de la obra, trueca allí mismo el apellido del autor, diciendo: *Opera et studio Mich. CASTRI*; y en toda la diminuta y tardía noticia que da de la obra, prosigue llamando a D. Miguel Casiri *Monsieur Castro*.



texto castellano, imprimen tantas erratas como palabras... Pero esta materia es interminable; y todo mi sermón no hubiera bastado para indicar las quejas que en esta parte podemos tener de nuestros vecinos los franceses.

Lo que más me llega al alma es que algunos paisanos nuestros aplique el epíteto de *mal español* al que ingenuamente concede a los extranjeros lo que tenemos de malo, para que ellos nos concedan lo que tenemos de bueno. Fácil sería probar que entre nosotros hay mil preciosidades literarias, que ellos no conocen; y que esta nación, por su ingenio penetrante y espíritu resuelto, se distinguirá y sobresaldrá siempre en todo aquello a que se dedique; pero alabemos las cosas útiles que hay en los países extranjeros, y sintamos que el nuestro no las tenga iguales o mejores. A buen seguro que les envidie yo a los franceses su música, porque sé que no han pensado en imitársela las mismas naciones que en todo los imitan.

De paso había hecho ánimo de apuntar algo acerca de aquellos vulgares modos de hablar: *sermón a la francesa; comedia o tragedia a la francesa*. ¡Válgame Dios, y lo que había que predicar sobre estas dos expresiones! Los franceses han procurado imitar la naturaleza y los buenos modelos antiguos, y observar las reglas que los maestros de las artes nos dejaron escri-

tas (no guiados de capricho particular suyo, como algunos se lo han figurado, sino de experiencia y observación que habían hecho de lo que gustaba o desagradaba). Pues de la misma naturaleza, de los mismos modelos y de las mismas reglas podemos sacar nosotros el más acertado método de predicar y de componer comedias o tragedias; de suerte que hacemos poquísimos favor a los antiguos y a nosotros propios en suponer que los franceses son autores de lo que sólo imitan o mejoran. La buena oratoria y la poesía dramática ajustada al arte, florecieron en Atenas y en Roma antes que en París; y no sé por qué un discurso escrito con método retórico se ha de llamar sermón a la *francesa*, y no a la *griega* o a la *latina*; y una comedia que guarde los preceptos dictados por la luz natural, comedia a la *francesa*, y no a la *ateniense* o a la *romana*.

Verdad es, señores, verdad es, que sermones y comedias (o tragedias) he oído yo demasiado a la *francesa*; quiero decir escritos en una lengua parecida a la castellana; pero que usa ciertas voces como *verbigracia*... Son tantas, que no sé por cuál empezar. *Transportes*, por extremos, *ímpetus*, *raptos* o *enajenamientos*; *conocimientos*, por *luces*, *especies* o *noticias*; *detalle*, en vez de *pormenor*, y *relación detallada*, por *circunstanciada* o *individual*; *rango*, por

clase, esfera, jerarquía, condición, calidad, estado; el *fondo del corazón*, por lo íntimo del corazón; *celo* por el *bien público*, amor por la *patria*, en vez de *celo del bien público*, amor a la patria; *golpe de ojo*, por mirada; *golpe de teatro*, por lance de teatro; *entradas* por los platos que llamamos principios; *interesante*, por importante o digno de atención; *producciones*, por obras, composiciones o partos del ingenio; *pequeño libro*, *pequeña ventana*, por librito, ventanita, y a este tenor los demás diminutivos; *tiempo dulce*, por tiempo suave, blando, benigno, apacible, sereno, templado, etc.; *resorte*, por muelle, o por móvil y agente; *hacer ver*, por mostrar, demostrar, manifestar, dar a conocer, hacer evidente o patente; *remarcable*, por notable, reparable, señalado, digno de advertencia; *montar diamantes*, por engastarlos; *montar un sombrero*, por armarle o apuntarle; *intriga*, ya por trama, o manejo secreto, ya por amorío, trato o comercio amoroso; *cubrir de horror*, por horrorizar; *hacer temblar*, por estremecer o conmover; *alarmar*, por asustar, sobrecoger, sobresaltar, inquietar; *alcanzar victoria sobre el enemigo*, por alcanzar victoria del enemigo; *importar granos*, por introducirlos, e *importación* por introducción de ellos; *útiles*, por herramientas o instrumentos; *gaje*, por prenda; *contractar*, por contraer; *estar en boga*, por es-

tar o andar valido, privar, tener aplauso, aceptación, crédito o fama; y que sé yo qué otros vocablos y frases que, aunque *están en boga*, me degüellan; bien que soy hombre que no gusto de volver a nadie las palabras al cuerpo, y admito benignamente toda voz extranjera de que no haya, o no sea muy fácil encontrar equivalente en nuestro idioma, como, por ejemplo, *coqueta*, *ambigú*, y otras que ya por necesidad se van introduciendo. En los que sin necesidad confunden así los términos de su propia lengua con los de la ajena, obra unas veces la vanidad de mostrar que saben un idioma extranjero; otras la poca reflexión y la pereza de leer los buenos libros castellanos; y por no tomarse este trabajo y el de estudiar las voces y expresiones castizas, atribuyen a pobreza de su lengua la que es pobreza del estilo peculiar de ellos.

Mientras D. Justo hacía esta disertación sobre los principales puntos de su plática, ya la dama arriba citada y otros curiosos circunstantes habían podido conseguir de D. Silverio que sacase de la faldriquera los apuntamientos que había escrito para su sermón acerca del teatro; el cual sermón protestó que no enseñaría a alma viviente, receloso de que se le diesen al público, y acabasen de indisponer los ánimos del vulgo contra los nuevos predicadores. Aun en leer los apuntamientos solos ponía algún reparo el autor,

alegando que en aquellas imperfectas advertencias no se imitaba aún, como debiera, el estilo de Cervantes; pero el estudiante, diciendo y haciendo, le animó con esta décima:

“Señores todos, chitón...  
 porque no conviene abierta,  
 cierro primero esta puerta...  
 ea, Cervantes, *alón*.  
 Ha de ser: no hay redención:  
 espabilo: tomo asiento:  
 escupo: ya estoy atento;  
 de fiar son los testigos;  
 empiece Vm. —Pues, amigos,  
 como digo de mi cuento...”

Así dió pie nuestro versista para que D. Silverio principiase a leer de esta manera:

## ”APUNTAMIENTOS

### Y OBSERVACIONES SUELTAS PARA EL SERMON DE MIGUEL DÉ CERVANTES SOBRE ASUNTOS DE TEATRO

Los españoles sensatos se corren de que algunos de sus paisanos estén todavía disputando sobre las *unidades teatrales* en el discurso del presente año, que, si no se equivoca la *Guía de Forasteros*, es de la Encarnación de N. S. Jesucristo 1773, de la Creación del Mundo 6972, de la Fundación de España 4017, de la de

Madrid 3942, y del glorioso reinado de nuestro Católico Monarca Don Carlos III el 15.

Otras naciones están estudiando modos de adelantar el arte cómico, y procurando reducir a preceptos fijos todo lo que es arte y no invención; cuando entre nosotros todavía no han acabado de admitirse generalmente, ni siquiera aquellas reglas que están fundadas en la razón natural de autorizadas con la práctica intoncusa de buenos autores cómicos y trágicos, que florecieron en siglos no bárbaros.

Parecía que era ya tiempo de que recogiésemos el fruto de tanto como se ha escrito y disputado sobre esta materia de unidades, y de que las reconociésemos por justas e indispensables, restituyéndoles a su primitivo vigor y lustre. Pues no, señores: todavía han de pasarse algunos años antes que el vulgo se desimpresione de que (según observó un insigne escritor moderno), aquellas leyes no fueron inventadas, sino descubiertas; pues la naturaleza las da de sí, y ni Aristóteles, ni Horacio, ni Lope de Vega, ni Boileau, ni otro maestro alguno hicieron más que exponer con método lo mismo que aprobará cualquiera entendimiento sano.

Dura aún aquella casta de gente que nunca se ha detenido a discurrir si acaso una comedia será lo mismo que una historia o una novela. Dirán que son dos cosas muy diferentes; pero

yo creo que para darles gusto las comedias han de estar escritas a imitación de las novelas o de las crónicas. Me explicaré con ejemplos de bullo, hablando solamente con los nada instruídos; pues cualquier sujeto de mediana lectura se agraviaría (y con razón) de que intentase yo imponerle ahora en reglas tan sabidas e indubitables. De suerte y de manera es que la comedia (o sea tragedia, que para el caso lo mismo es jabón que hilo negro) representa los sucesos puestos en acción; y la novela los ofrece en relación. Por consiguiente, unos anales, que es cosa que se lee, como narración histórica, en un libro que se toma y se deja cuando se quiere, pueden comprender los acontecimientos de toda la vida de un hombre, aunque sea la del famoso *cristiano Jacobsen Drahenberg*, que ha muerto en el Norte de edad de 146 años a 9 de octubre próximo pasado. Esto ya lo entiendo; pero ¡aquí de Dios! Es una comedia o tragedia, que es cosa que se ve y oye toda seguida, representada dos o tres horas por personajes de carne y hueso, vestidos y calzados, que comen, beben, duermen y andan, no me parece que sería regular distribuir, verbigracia, las escenas de esta conformidad:

## JORNADA PRIMERA

*Escena I.* Cómo el susodicho *cristiano* nació en Noruega por los años de 1626.

*Escena II.* Cómo sirvió en el Astillero de Copenhague.

*Escena III.* En que se refiere cómo a los 106 años de su edad fué a su tierra a sacar su fe de bautismo....

## JORNADA SEGUNDA

*Escena I.* De cómo se casó a los 111 años con una respetable señora que tenía 60.

*Escena II.* Que trata de cómo leía la *Gaceta* sin anteojos, etc...

## JORNADA TERCERA

*Escena I.* En que se da cuenta y declara cómo iba a pie hasta la ciudad de Arrhus desde una casa de campo distante de allí dos leguas...

*Escena penúltima.* Cómo murió en 1772.

*Ultima escena.* Celébranse sus exequias con sermón de honras, y con asistencia de las personas más condecoradas del pueblo, poniendo en la lápida, de su sepulcro un epitafio en lengua dinamarquesa, etc.



Vean Vms. aquí en poquísimos renglones el plan de una comedia, escrita por orden cronológico, que impresa con sus notas al pie, con sus fechas puntuales, y agregando los correspondientes documentos justificativos, se conservaría en las edades futuras por monumento auténtico de la Historia y comprendería, como quien no dice nada, el razonable espacio de siglo y medio, menos cuatro años. El evitar esto es lo que se llama *observar la unidad de tiempo*, la cual unidad dice se debe guardar en toda cosa que se haya de representar en las tablas; y cuando no se guarda, ningún hombre de seso dirá: *voy a la comedia*, o *voy a la tragedia*; sino *voy a la crónica* o *a la novela*.

Otro ejemplito aclarará el punto de la unidad de lugar. Supongamos que hace una tarde de lluvia, y viento frío, y que por pasar el tiempo en paraje abrigado, se acoge un hombre al teatro, en donde pondremos por ejemplo que le van a representar la acción principal de la *Conquista de la Nueva España*. Lo primero que el telón descubre es la perspectiva de un puerto de mar, que se supone ser el de Santiago de Cuba. Desde allí parte Hernán Cortés con su armada; y no bien ha sonado el silbato del apuntador, cuando hete que aparece otra población, que es la de Vera-Cruz, adonde llega Cortés contando lo que le ha sucedido en su

paso por la Habana, por la isla de Cozumel, por Tabasco, por San Juan de Ulúa, etc. Allí se representa la valerosa y nunca bastante aplaudida acción de barrenar y echar a pique los navíos; y se anuncia la intención en que Cortés se halla de pasar a Méjico. ¡Tú que tal dijiste! Ya se mudó la decoración y repentinamente nos hallamos nada menos que en el mismísimo Méjico, corte y asiento del poderoso Emperador Motezuma. Acaecen allí lances muy memorables; remátase la conquista y cuando más descuidados están los espectadores, vuelve a descubrirse el puerto de Vera-Cruz, desde el cual se hace Cortés a la vela para España. Dase por supuesto que todo el auditorio se ha de echar a nado para seguir a Cortés hasta la villa de los Palos, y acompañarle aunque no sea más que hasta Sevilla; y por 8 leguas más o menos, no será razón abandonarle en su viaje a Toledo. Ya los bastidores representan esta imperial ciudad; y, en ella, finalmente recibe a Cortés el emperador Carlos V con demostraciones del más singular aprecio.

Esta peregrinación de Hernán Cortés, tan fiel e ingeniosamente trasladada por el tramoyista, es lo que llamamos no observar *la unidad de lugar*; y siempre que ésta se quebranta, tampoco estará nadie obligado a decir: *voy a la*

*comedia ni a la tragedia; sino voy a tunar, o a correr mundos.*

Declarado ya lo que entendemos por unidad de tiempo y de lugar, no es difícil comprender cuál es la unidad de acción. Esta sólo pide que no se represente más que un hecho único y principal, aunque adornado de diversos lances; que no sobresalgan en un mismo drama dos héroes iguales que dividan la atención del auditorio; que el fin de la comedia o tragedia sea único y señalado, de suerte que quede desempeñado aquel objeto que desde el principio se propone; pues de lo contrario, se podría abrazar en una misma representación la serie de todas las guerras de Alejandro, o de todas las aventuras de Don Quijote de la Mancha.

Algunos creerán que es excusada esta explicación de las unidades en la era presente; pero como todavía se celebran y defienden comedias que no las observan, parece necesario predicar sobre el asunto sin dejarlo de la mano.

Y no incurramos en la inadvertencia de aquellos que hallando arregladas las tales unidades en un drama, luego le gradúan de excelente; pues no bastan para la perfección estas tres cualidades sustanciales, si faltan otras precisas, como son el artificio en la trama, la verosimilitud en los lances, la naturalidad en los pensamientos, la pureza en el estilo, la variedad en

el diálogo, la vehemencia en los afectos, y generalmente, cierta importancia (digámoslo así) en todo lo que se habla y obra, capaz de tener suspensos y conmovidos a los oyentes, que es lo que se llama *interés*, y más propiamente *empeño*; suponiendo siempre la buena elección de asuntos; pues no todos son propios para representados. Basta ya de reglas.

Después de tener una composición teatral estos y otros muchos requisitos, no falta más que una friolera, y es que guste; no siempre el agrandar o disgustar depende de las prendas o defectos de la obra; muy a menudo consiste en la calidad e instrucción de las personas que componen el auditorio. Este punto necesita, y merece desentrañarse.

Pues, ahora bien, ya que nada se pierde en suponer, supongamos que haciendo casualmente una excavación en la obra de la cuesta de San Vicente, se encuentra debajo de tierra una caja de plomo, y dentro de ella una preciosa tragedia manuscrita cuyo autor no se sabe (porque si se supiera, ya habría partidos) y que esta tragedia abunda en cuantas buenas circunstancias ha pedido el arte a todas las escritas hasta el día de hoy; que no sólo guarda en el tiempo, en el lugar, y en la acción la decantada unidad, sino que también tiene otras mil cosas acabadas en AD, como propiedad, claridad,

moralidad, novedad, majestad; y, sobre todo, un castellano correcto, sin versos duros, ni arrastrados, y sin mezcla de galicismos, de que Dios nos libre por su amor y misericordia.

Después de esto, nos hemos de figurar, que así como la tierra cría los hongos sin especial cultivo, cría también de la noche a la mañana una docena de cómicos de ambos sexos, los cuales, además de tener presencias verdaderamente teatrales, hablan sin manoteo, sin clamor pulpitable, y sin tono intempestivo lastimero, ni afectadamente sollozante.

Hagámonos cuenta de que estos representantes sin pero llegan a dar al público aquella tragedia incriticable; y que no agrada (cosa que sería muy factible, según la variedad con que en estas materias se opina). Vamos ahora a indagar las causas por qué no gustó. Yo probaré a ver si las adivino.

Primeramente, queridos de mi alma, aquel caballero que está sentado en la Luneta, y que parece persona de suposición, es hombre tan aficionado a la poesía sublime y lírica, que nunca alaba versos de estos que se entienden, antes su empeño es celebrar aquellos de que él y todos se quedan en ayunas. Para él solo cantó cierto autor a lo mejor de una comedia por boca de un niño con bastón de General:

“Babilonia, república eminente,  
 que al orbe empinas de zafir la frente,  
 siendo jónica y dórica coluna  
 del cóncavo palacio de la Luna,  
 adonde colocados tus pensiles,  
 al Cielo se han llevado los abriles,  
 y con sus flores bellas,  
 a rayos equivocan las estrellas.”

El consabido señor está esperando alguna relación en que haya tempestades, eclipses, batallas, caballos, leones, tigres, y toda casta de monstruos, fieras, vestiglos, alimañas y sabandijas descomunales; o algunas comparaciones poéticas, que abunden en flores, troncos, plantas, cumbres, peñascos, prados, selvas, malezas, astros, signos del Zodíaco, constelaciones, pájaros, peces, arroyuelos, olas, escollos, arenas, nácar, perlas, coral, conchas, caracoles y todo género de marisco. Nada de esto encuentra en la tragedia nueva; se aburre, y toma el partido de echar un sueño mientras llega la tonadilla.

(NOTA. Este caballero tiene muchos que le acompañan en la luneta y fuera de ella.)

Volvamos luego la vista hacia la confusa multitud del patio. ¿No ven Vms. aquel mozo alto y delgado con la redecilla azul? Pues aquel, que tiene los ojos clavados con tal atención en los bastidores del teatro, no mira porque le suspende la tragedia; sino porque aguarda que salga el gracioso a alegrar la fiesta. Hácese

un Argos, pareciéndole a cada instante que ya viene; mas como tarda tanto, cánsase de esperar, y pónese a conversar con un camarada suyo.

Aquel rústico de la chupa parda que alarga el cuello con ansia, es tan aficionado a comedias, que gasta su dinero en viajes a Madrid. Hoy mismo ha venido de Móstoles, atraído de la voz que oyó de que se echaba una gran función de teatro. Mira al suelo del tablado por si descubre señales de algún escotillón por donde haya de bajar en tramoya algún cómico. Ve que todos pisan en firme; y pierde la esperanza de que pueda haber trampa ni ratonera alguna. Alza la vista hacia el techo del coliseo, y no ve cuerda o maroma, ni torno, ni carrillo de pozo de que pueda inferir que hay algún vuelo. Esto le indispone mucho, y júra en su corazón no volver a salir de su lugar, mientras no sepa que hacen la parte tercera, cuarta, quinta o milésima del famoso Pedro Bayalarde. El único medio que habría para consolar a este pobre aldeano sería que alguno de los personajes que representan, saliese herido mortalmente, o precipitado de un caballo, o bien despeñado de una elevada roca, y diese una tremenda y estrepitosa caída en mitad de las duras tablas, de suerte que todos gritasen: ¡*Qué bien ha caído!* Aquella es una de las prin-

cipales habilidades que tiene que aprender un cómico; pero el autor de la tragedia no quiso dar este gusto al payo de Móstoles, y ya tiene contra sí este voto más.

Recorramos otros parajes del teatro. Aquella que está sentada en delantera de la cazuela, conoce que los trajes de los actores son costosos y de gusto; pero echa de menos aquellos tiempos en que no había cómica desdichada que a cada salida no sacase vestido distinto. ¡Lástima que haya cesado ya la *impagable* diversión de estar oyendo la comedia, y al mismo tiempo pasando revista a una tienda entera de batas!... La otra señora que está más allá, oye la tragedia con disgusto porque todo lo que en ella se contiene es cosa que puede muy bien suceder. Nada se representa allí que acontezca por arte mágico, sea nigromancia, quiromancia, hidromancia, aeromancia, piromancia, geomancia, cleromancia, espatulomancia, u otra brujería de nueva invención (\*). No hay cuevas ni palacios encanta-

---

(\*) Los aficionados a comedias de mágica y hechicerías harán bien en consultar sobre la materia al muy reverendo Maestro *Ciruelo*, que la trató fundamentalmente en un libro intitulado *Reprobación de las Supersticiones y Hechicerías*, reimpresso, en letra gótica, en Salamanca, por los años de 1541. Es tratado muy curioso; y todavía necesitaríamos que se reimprimiese otro par de veces.



dos, no hay forma de que se aparezcan duendes, trasgos, visiones, sombras, espíritus, ni fantasmas, como en el *convidado de piedra*, o en *Hamlet*; en fin, todos los lances son naturales, ni más ni menos que los que nos pasan acá en la vida humana, sin que sea necesaria la fe para creerlos. Este defecto es gravísimo; porque ya se deja entender que el fin de las obras teatrales no es instruir y recrear con la verdad, y con lances en que pueda verse hoy o mañana cualquier cristiano, sino entretener con la extraordinaria invención de casualidades que nunca puedan llegar a verificarse.

Levantemos la vista hacia la tertulia... ¡Qué ceño tan indigesto pone aquel viejo del gorro blanco! ¡Cómo se conoce lo divertido que está! Desde que tiene uso de razón no ha cesado de leer cuantos autos sacramentales hay escritos en nuestro idioma. Todavía llora la abolición de la representación de ellos, y nada es bastante a consolarle en su pena. Apostaré a que ahora se estará acordando de que en este mismo teatro no ha tantos años que sería testigo de la propiedad con que cierto comediante de mesurada estatura hacía el papel de Cipres y otro medio mulato, el de Diablo. Todavía no se le podrá olvidar la salida que hacía la noche con manto de terciopelo negro estrellado, la tie-

rra vestida de raso verde y el mar de muer de aguas azul.

Pero atendamos a lo que pasa en aquel aposento. El caballero que cabizbajo y cruzado de brazos ha vuelto la espalda al teatro, está de un humor de perros, a causa de que habiéndose empeñado para que diesen el papel principal a la comedianta H no se le han dado, sino a la comedianta R; y su recomendada tiene que salir desairada a representar no más que de confidenta. Este ya no puede hablar bien de la tragedia.

Los otros dos que disputan, están encontrados de opiniones. El uno cree que la obra que se representa es traducida del francés; y esto le basta para aborrecerla con sus cinco sentidos. El otro cree que es compuesta originalmente en castellano por algún ingenio de Madrid; y esto le sobra para echarla el fallo desde la segunda palabra. Entre estos dos extremos no hay medio. ¿La querrán traducida u original? Dejemos que lo disputen, y no haya miedo se pongan de acuerdo.

La dama del otro aposento de mano derecha es aficionadilla a retruécanos, a juegos de vocablo, y generalmente a todo lo que llamamos tiquis-miquis. Pero su pasión dominante es la de las glosas, sobre todo si el último verso de cada décima se repite al son de la

música. Agrádala infinito aquella mezcla de representado y cantado, como:

*“Tirití, que de Apolo es el día,  
tirití, que no es del Amor.  
Vuelva el festivo rumor,  
de la métrica armonía,  
repitiendo con primor:  
Tirití, que de Apolo es el día,  
Tirití, que no es del Amor.”*

No habrá en la tragedia cosa que se parezca a esto; pero como la referida dama tiene ya citados a sus conocidos para aquel aposento, no le faltará conversación en que pasar el mal rato de semejante *secatura*.

Descubiertos así los varios modos de discurrir de muchas personas del auditorio, excusado es preguntar por qué no gustó la tragedia. No hay más remedio que volverla a meter en la caja de plomo, y enterrarla otra vez en la cuesta de San Vicente, hasta que, andando el tiempo, la descubran nuestros biznietos, y la representen en un teatro en que domine más el partido de las personas desengañadas...

Téngase presente que es muy indispensable, y muy propio de un sermón predicado en la cuaresma, dar una buena carda a los sainetes y otros dramas de mal ejemplo. Acordémonos de los caracteres que hemos visto representados en las tablas. Un marido que no sólo consiente

los extravíos de su consorte, sino que no cesa de hacer manifiesta gala de su sufrimiento. Una mujer que abandona su casa y familia por atender al cuidado de tener contento a su galán, y que recibe de él públicamente dinero entregándosele después a su esposo, que se da por muy bien servido. Una hija que desobedece y responde soberbiamente a su padre, aun cuando con buenos términos la pide cosas justas; o que mantiene unos amores poco correspondientes a su clase, de los cuales es tercera su misma madre. Una maja (frutera, tabernera o cosa semejante) que funda toda su gracia en algunas expresiones bajas y sin ingenio, pronunciadas con cierto dejo afectado y acompañadas con un poco de gesto y contoneo. Un majo que profiere con retintín algunas frases equívocas que en un sentido nada significan y en otro contienen desvergüenzas intolerables, que aca querrán vendernos por agudos epigramas. En fin, aquellas flaquezas que, o no deben sacarse al teatro, o si se sacan, han de pintarse con recato, castigándolas, son asuntos de representaciones en que suele quedar el vicio aún más exaltado de lo que realmente lo está en la vida humana. Si acaso no halláremos en los sainetes bastantes ejemplos de verdad, ahí están las tonadillas que nos sacarán del empeño. Allí sí que hay cose-

cha de indecencias, y de aquellas bien patentes, no de las que para serlo necesitan la malicia de los oyentes...

Aunque se alargue el sermón, no deje de decirse algo sobre tres defectos de que adolecen comúnmente los sainetes. El primero es, que los cómicos salgan a hablar como tales cómicos llamándose por sus nombres y apellidos. Esta puede ser gran diversión y materia de suma importancia para ellos mismos; pero no para todo el auditorio, que no debe emplear su atención en oír diálogos sobre los intereses, genios y circunstancias personales de los representantes. El segundo defecto es que los interlocutores de un sainete se puedan contar por docenas, teniendo papeles en él casi toda la compañía en tanto grado que aun parezca han ido a alquilar gente de fuera de ella. Para lugar de la escena de tales farsas escogerá una de estas tres ciudades *Babilonia*, *Ginebra* o *Trapisonda*; pues son en nuestra lengua los verbigracia de la confusión. El tercer defecto, hijo legítimo del primero, es que los sainetes acaben con la célebre fórmula de aquellos cuatro versos, que dicen todos los cómicos a una voz, en esta sustancia:

“Y porque ya va muy larga  
daremos fin a la idea  
con tonadilla, pidiendo  
perdón de las faltas nuestras.”

Que es un modito disimulado de decir al auditorio lacónicamente en cuatro versos a lo menos una media docena de cosas: la primera, que si se acaba la representación no es porque la acción del drama está completa, sino porque ya hay bastantes versos para llenar el tiempo que debe ocupar un sainete; la segunda, que aquello que se ha representado no es suceso que se supone cierto, sino una ficción; aunque si querían que pareciese falso y no verosímil, excusaban los actores haberse vestido cada uno con el traje que convenía a su papel; la tercera, que los que han representado son cómicos que viven a merced del público, y no D. Juan ni Doña Violante, como habían intentado persuadirselo durante la representación; la cuarta, que aquella despedida al público la traían estudiada, pues de otra suerte no podrían quince o veinte personas decir todas a un tiempo las mismas palabras, a menos que fuese por inspiración; la quinta, que siendo aquella una compañía de comediantes, hay en ellas personas que saben cantar, y por cuanto pudiera suceder que los oyentes se fuesen del teatro, les previenen que se esperen a la tonadilla; la sexta, que lo han hecho mal, supuesto que imploran perdón y a veces llega tarde la advertencia, porque ya el auditorio lo ha echado de ver.

Sin embargo de estos y otros abusos, será muy justo que al fin del sermón se exprese clara y auténticamente que de un tiempo a esta parte debemos vivir sumamente reconocidos a nuestro gobierno por haberse dedicado a la corrección del teatro, ya hermoheando lo material de él, ya tomando providencias para que el auditorio observe el silencio, atención y decoro correspondiente, o ya procurando introducir la representación de composiciones arregladas. Podemos prometernos que la constancia en llevar al cabo la empresa, quedará recompensada con el logro del fin. El teatro francés ha sido defectuosísimo antes de llegar al estado en que hoy se halla. Nosotros sabremos también mejorar el nuestro, adoptando lo bueno de otras naciones, sin desechar lo bueno de España, cuyos ingenios se irán animando a dar obras cómicas y trágicas, según vayan obteniendo aplauso las que se representen conformes al arte y a la decencia, y según adelanten en su profesión los actores sin cuya habilidad no hay poeta dramático que pueda parecer bueno ni aun mediano.”

Con silencio escucharon todos la lectura de los mamotretos de D. Silverio; y por ellos infirieron cuál sería la doctrina y el estilo de la plática de Cervantes. Algunos sentían que no hu-

biese llegado ésta a predicarse; pero los más reflexionaban que de todos los sermones ninguno hubiera sido tan criticado como el del teatro, por ser asunto sobre que cualquiera da su voto; siendo así que sin leer obras dramáticas de varias naciones, y de distintas edades y sin oír representar a muchos cómicos de diversos modos, es caso poco menos que imposible que nadie juzgue con acierto.

—¡Bomba! dijo D. Facundo, que no se lo ha de versificar todo el señor estudiante:

“De las costumbres es norma  
el teatro. ¡Qué dolor!  
De ellas es reformador,  
y él necesita reforma.”

—¿Redondillas a mí? exclamó el estudiante, ¿y de repente? No en mis días. Yo le aseguro al Sr. D. Facundo que no lo ha de contar por gracia. No bien había dicho estas palabras cuando ya tenía cogida y enarbolada una pluma; y en el primer sobrescrito viejo que pudo sacar de la faldriquera escribió con increíble velocidad esta glosa:



De verdades un millar  
digo sin disfraz ni orgullo,  
de suerte que Perogrullo  
me llaman por el lugar:  
con teatro irregular  
todo un pueblo, se conforma;  
pero si en debida forma  
lo absurdo no se remedia,  
dudará si la comedia  
*de las costumbres es norma.*

Fundados son lós lamentos  
de quien por la enmienda clama;  
pero vale hacer un drama  
más que criticar trescientos.  
Tengan desde hoy los talentos  
del poeta y del actor  
seguro el premio y honor;  
y entonces nadie dirá:  
¡“En qué decadencia está  
*el Teatro! ¡Qué dolor!*”

En asuntos teatrales  
el gusto ya se introduce;  
y se aplaude a quien traduce  
de buenos originales.  
De defectos substanciales  
el número ya es menor;  
se juzga con más rigor;  
y aunque faltas hay aún,  
el desengaño común  
*de ellas es reformador.*

La guitarra ya es orquesta,  
las cortinas, mutaciones;  
ya capta las atenciones  
la escena mejor dispuesta.  
Se enmendará lo que resta  
si así todo se transforma;  
y meterá en una corma  
al abuso la razón;  
que ella exhorta sin pasión,  
*y él necesita reforma.*

Ufano y satisfecho sobremanera quedó el autor de las décimas; pero, en medio de los elogios de toda la concurrencia: —Admiro (dijo un individuo de ella, que hasta entonces había estado callando) admiro y venero como debo la musa glosadora, aunque no fuera más que por aquel inesperado consonante *corma*; pero se me ofrece un reparillo. Asegura nuestro poeta que hoy se aplaude a quien traduce de buenos originales; y si sus décimas llegasen a divulgarse, no quisiera yo que corriesen sin un largo comentario en que se aclarase esta proposición, diciendo que aplauden ciertamente á los traductores; pero ¿quiénes los aplauden? Los que saben cuánto cuesta una buena traducción, cuán útil es y cuántos hombres grandes de todas las naciones han empleado sus ingenios en traducir; pero no los que creen que una versión de un idioma a otro, aun cuando sea hecho en verso, y de verso, es obra facilísima y que sólo debe ser empleo de escritores incapaces de inventar. Claro está que los que tal dicen o nunca se han puesto a traducir o, si se han puesto, han traducido como los que traducen a destajo y a salir del día: "*Deum de Deo, dé donde diere*". De otro modo hablarían si se vieses precisados a buscar los equivalentes con propiedad, a corregir, o disimular a veces los yerros del original mismo, a limar la

traducción de suerte que no pueda conocerse si lo es, y o connaturalizarse (digámoslo así) con el autor cuyo escrito traslada, bebiéndole las ideas, los afectos, las opiniones, y expresándolo todo en otra lengua con igual concisión, energía y fluidez. Es cierto que traducir sin estas circunstancias puede ser ocupación de niños de escuela; pero traducir como se debe, es obra para quien en su lengua nativa posea ya un estilo fácil, claro, correcto y persuasivo. ¡Gracioso empeño sería probar que los hombres sabios que se han dedicado a traducir no tenían bastante ingenio para ser autores originales! Juan de Mena, Gonzalo Pérez, Pope, Lamotte y madame Dacier tradujeron a Homero; Gregorio Hernández de Velasco, Juan de Guzmán y el abate Desfontaines, a Virgilio; Mr. Dacier, a Horacio y a Platón; su mujer, a Plauto y a Terencio; Tarteron, a Juvenal; D. Juan de Jáuregui, la *Aminta* del Tasso; Racine, el *Paraíso perdido* de Milton; don Carlos Coloma, Antonio de Herrera, Baltasar de Alamos, Amelot y Ablancourt, a Tácito; el licenciado Pedro Sánchez de Viana, Antonio Pérez y el Abate Banier las *Transformaciones*, de Ovidio; Vaugelas, a Quinte Curcio; Fray Alberto de Aguayo, a Boecio; Cristóbal de las Casas, a Solino; Pedro Fernández de Navarrete, a Séneca; Boileau, a Longino; Laguna, a Dioscórides; Jerónimo de

Huerta, a Plinio; Jorge de Bustamante, a Justino; Diego Gracián, al mismo Justino, a Dion y a Tucídides; el propio Gracián, Francisco de Encinas y Alonso de Palencia, a Plutarco; Don Fray Pedro Manero, a Tertuliano... Ya le faltaba la respiración y la memoria al docto vindicador de las traducciones para citar testigos en su favor, cuando dieron las once y empezó a despedirse la tertulia.

Al tiempo de levantarse los individuos de ella, les dijo D. Bonifacio estas palabras: —Señores: Mi casa, mi mesa, mis libros y mis papeles son siempre de mis amigos. Aunque se nos ha frustrado el proyecto de los sermones, la tertulia subsiste. En ella procuraremos todos instruirnos y trabajar; pero no más diversiones que nos expongan a la crítica. El domingo próximo, y todos los siguientes de la Cuaresma se cerrarán las puertas de mi casa para que se lleven chasco los ociosos que vengan a murmurar; y confesemos que el público tiene mucho que agradecer a los sujetos que dan en sus casas bailes, representaciones, músicas u otros pasatiempos; pues ni siquiera el buen fin que llevan de obsequiar y entretener honestamente a sus conocidos, los libra de ser censurados por los mismos que han participado de la diversión.

FIN DE "LOS LITERATOS EN CUARESMA"

# LA LIBRERÍA.

DRAMA EN UN ACTO

## PERSONAS

- EL LIBRERO, *hombre pacífico.*
- LA TIA NICOLASA, *su esposa, vieja de mala condición.*
- FELICIANA, *sobrina del Librero, muchacha bien criada.*
- FERMIN, *mancebo del Librero y amante de Feliciana, mozo honrado y hábil.*
- D. SILVESTRE, *ricote ocioso y de pesadísima conversación.*
- D. ROQUE, *poeta estafalario.*
- D. ISIDRO, *mozalbete medio majo y frecuentador de casas de juego.*
- Un HOMBRE, *que entra una sola vez en la librería.*



# LA LIBRERIA

## ESCENA I

La TIA NICOLASA y FELICIANA

*El Teatro representa una Librería con mostrador a la calle, una mesa con recado de escribir, sobre la cual habrá un montón de libros, algunos de ellos en el suelo y sembrados por las sillas. La Tía Nicolasa y su sobrina Feliciana están sentadas junto al mostrador con almohadillas de labor, y la sobrina canta esta seguidilla:*

FELICIANA .

“Para el mal de la ausencia  
dicen que sirve  
de alivio el ser mudable;  
más yo soy firme.

Ausencia es aire  
que apaga el fuego corto  
y enciende el grande.”

NICOLASA

Ya me va enfadando un poco la manía de esta muchacha.

FELICIANA

¿Por qué, tía?

NICOLASA

Porque no sabes coser si no estás alborotando la casa con tu canticio.

FELICIANA .

Pues ¿acaso estorba la garganta a las manos?

NICOLASA

Ya te he dicho que cuantos pasan por la calle reparan que casi son más tus seguidillas que tus puntadas. Las niñas han de tener más recogimiento.

FELICIANA

¿Qué más recogida quiere usted que esté? No dirán que soy de aquellas que se pasan todo el día colgadas al balcón.

NICOLASA

Pero estás aquí en una tienda, que toda ella es ventana.

FELICIANA

Quien tiene la culpa de eso es mi tío, que sale a sus diligencias y nos deja cuidando de los libros.



## NICOLASA

¿Pues qué? ¿Ha de dejar la librería abandonada?

## FELICIANA

No; pero pudiera no haber despedido al mancebo, que a la verdad hace tanta falta que...

## NICOLASA

Calla, calla. Si se le despidió, sus razones hubo para ello. ¿Me quieres enseñar tú a mí las precauciones que se deben tomar en casas donde hay muchachas solteras?... No me hagas revolver cuentos viejos; porque como soy Nicolasa...

## FELICIANA

No se irrite usted, tía. Usted se figuró que Fermín, el mancebo que teníamos, pensaba casarse conmigo; y esto bastó para que anteayer se le despachase a instancias de usted, haciendo tantos años que trabajaba en casa, y siendo tan querido de mi tío por su buen genio, hombría de bien y habilidad en su oficio. No ignora usted que es hijo de muy buenos padres, que tiene parientes muy bien puestos, que cursó sus estudios en Alcalá, y que sólo la cortedad de sus medios le ha reducido a elegir la profesión de librero.

## NICOLASA

Eso es: alábale, hazle la relación de méritos y aboga por él; que por más que lo sientas, no ha de volver a casa, ni siquiera por visita de cumplimiento.

## FELICIANA

No debo de sentir mucho su despedida, cuando estoy cantando.

## NICOLASA

Es que en ti es costumbre tan envejecida el seguidillear, que aunque me vieras de cuerpo presente, habías de estar gorgoriteando.

## FELICIANA

Estimo yo a usted más que todo eso; y no soy tan ingrata a los favores que la he debido. Usted me trajo a su casa cuando quedé huérfana, ha cuidado de mi educación, y además de esto...

## NICOLASA

Todavía no sabes, Feliciana, el beneficio que hoy quiero hacerte, mayor que los pasados. Bien has visto cuánto te estiman algunos sujetos que concurren a esta librería. Cualquiera de ellos se alegraría de que yo le ofreciese tu mano. Ya conoces a D. Silvestre, que es de los tertulianos más antiguos...

## FELICIANA

¡Ay, señora! ¡Y cómo que le conozco! Es un ricacho ocioso, pesado en la conversación, que en empezando un cuento, no acierta a acabarle, y que a todos pudre la sangre con los estribillos, muletas y refranes que ensarta.

## NICOLASA

Tú no sabes más que poner faltas. Ya has tratado también a D. Isidro.

## FELICIANA

Y porque le he tratado, sé que es un mixto de usía y majo, gran frecuentador de casas de juego y, sobre todo, el mayor porfiado que se conoce. Rabia por apostar sobre cualquiera bagatelas, a todos contradice, y, en fin, señora...

## NICOLASA

¡Qué reparona eres, sobrina! Pues ¿qué dirás de D. Roque?

## FELICIANA

Lo que todo el mundo sabe. Que es un coplista de oficio (o, como otros le llaman, poeta) y que siempre anda tan distraído pensando en sus décimas, que apenas se le puede hablar, porque no responde con concierto. So-

bre que va por la calle hablando solo, manoteando y haciendo visajes...

NICOLASA

¡Ay, ay! Qué delicada que se me va haciendo la niña! Feliciano, tú tomarás el novio que te den.

FELICIANA

Sí, señora. Yo obedeceré a usted en este asunto como en todos; pero usted me propone esas bodas, y mi tío, por otra parte, me ha dicho que pensaba hablarme de otra cuanto antes.

NICOLASA

Fíate en promesas de mi marido. ¿Aquél? ¡Buena traza! Seis meses ha que está diciendo que ha de darte estado, y todavía no acaba de determinarse. ¿Si se acordará de eso hoy cabalmente?

FELICIANA

No habrá querido partir de ligero, porque es prudente...

NICOLASA

Porque es un pelmazo; y ya que él se duerme, yo quiero casarte luego, luego, para enseñarle a resolver las cosas con actividad.

Gasta mucha paciencia. Considérate tú que desde acabado de comer que salió, todavía no ha vuelto. Yo quería ir un instante aquí, a las Cuarenta Horas; pero como no parece... No, no; yo no me he de quedar sin rezar. Tú cuidarás entretanto de la tienda; y yo rogaré a Dios que te haga buena, que bien lo necesitas...

*(Hace que se va, y vuelve.)*

¿Oyes?... Cuidado con no cantarme.

*(Da algún paso, como que en efecto, se va, y volviendo a mirarla, dice):*

Mira que por esa solfa todavía te he de solfear yo.

## ESCENA II

FELICIANA, y después FERMIN

FELICIANA

¡Infeliz de mí! Ni aun me permiten la inocente diversión de la música, para distraerme algún rato, si es posible, del triste recuerdo de la ausencia de Fermín. Le estoy debiendo finezas que no tienen precio. El me instruía con su conversaci6n; él procuraba inspirarme máximas de una buena crianza que me faltaba; él escogía entre estos libros los que convenían a mi

edad y a mi genio, para que me sirviesen de enseñanza sus ejemplos y de deleite su estilo. ¡Qué pocos son los amigos, qué raros los amantes que proceden así con las personas que quieren! ¡Ah, Fermín! Tú te perdiste, y me perdiste por ser demasiado propenso a hacer bien. ¡Ojalá me hubieses tratado con la mayor aspereza! No hubiera conocido entonces la conformidad de nuestras almas, y vivirías todavía en esta casa... Mas ¿para qué? Para ser testigo de la violencia con que quieren disponer de mi mano... (Sobresaltada.) ¿Quién viene?...

(A Fermín, que sale apresurado.)

¡Fermín!... ¿Cómo te atreves a pisar los umbrales de esta tienda?...

FERMÍN

Vengo a que tu vista me renueve el dolor de verme separado de ti.

FELICIANA

Si mi tío volviese...

FERMÍN

Quedaba poco ha en la Aduana recogiendo unos libros. Ahora llegaba tu tía a la esquina inmediata. Yo he paseado esta calle a varias horas del día sin esperanza de poder entrar a verte; por señas de que no ha mucho

que te oí cantar una seguidilla con aquella gracia que sueles, y en ella te quejabas de la ausencia.

FELICIANA

No me quejaba todo lo que debo... Pero no desperdiciemos estos apreciables instantes. Mi tío piensa casarme: no sé con quién.

FERMÍN

¡Qué noticia!

FELICIANA

Por otro lado, mi tía también me ha propuesto hoy por novios a D. Silvestre, a don Isidro y aun al poeta D. Roque. Ya ves que, pues piensa en tres sujetos a un tiempo, no debe de haber elegido con madurez una, como corresponde, y que su fin es salir de mi cuanto antes, sea quien fuere el marido. La tía Nicolsa está siempre de esquina con mi tío, esperando a que él diga sí, para decir ella no; yo sólo quiero a Fermín; conque ya puedes presumir las disensiones que ha de haber en esta casa.

FERMÍN

Ambos hemos merecido siempre a tu tío mil atenciones; y ya ves que, si me ha despedido, ha sido por influjo de su esposa, que estaba

mal con que nos llevásemos bien. Pero malo es que haya pensado en darte otro novio. El es hombre de tesón. No; no podremos reducirle... Tu tía es soberbia, caprichosa... ¡Ah, Feliciana! No serás tú mía... Pero me ocurre un arbitrio que...

FELICIANA

Díle pronto.

FERMÍN

Ya sabes que tengo un primo medianamente rico, que ha prometido no desampararme. Yo podría esta noche llevarte secretamente a su casa. Desde allí...

FELICIANA

¿Eso intentas, Fermín? ¿Eres tú aquel maestro juicioso que me enseñaba a aborrecer las locas prontitudes de la mocedad? En otro tiempo tenías buen concepto de mí; pero ya le he perdido: ya me crees capaz de consentir que me saques a hurto de casa de unos tíos que venero como a padres, por más injustamente que procedan ellos conmigo.

FERMÍN

Perdona, Feliciana, o disculpa a lo menos el arrojito de un amante desesperado, que se olvida de quién eres y de quién él debe ser. De-



masiado bien has aprendido mis lecciones, y te exhorto a que no las olvides, aunque las emplees contra mí.

FELICIANA

¡Ah, Fermín! Si todos los hombres procurasen como tú que las mujeres a quienes aman se distinguiesen de las demás con inclinarse a la lectura, sería el amor escuela de ingenio y quizá de virtud... Pero busquemos otro medio más lícito y adecuado.

FERMÍN

‘Si encontrásemos algún empeño para que volviesen a admitirme en casa... Yo estoy seguro de que había de ganar la gracia de tu tío.

FELICIANA

Eso importa. Allí viene ya justamente el poeta D. Enrique. Yo le hablaré para que interceda a tu favor con la tía.

FERMÍN

Y yo entre tanto iré a suplicar a D. Silvestre, que vive aquí cerca, que se empeñe con el patrón.

FELICIANA

Y ¿acaso impedirás con eso mi matrimonio?

FERMÍN

No; pero... ¿qué sé yo?... Te veré, te hablaré... Adiós. Presto me traerá aquí mi amor y el justo temor que tengo de perderte.

## ESCENA ÍII

FELICIANA y D. ROQUE

FELICIANA

Si ese temor se ha de verificar, no vuelvas.  
(Sale D. Roque *distraído con un papel en la mano.*)

D. ROQUE

No hay cosa que ponga a un hombre de peor humor que buscar un consonante, y no dar con él... Dios guarde a usted, señorita... ¿Habrá por aquí un tintero?

FELICIANA

Ahí tiene usted recado de escribir; pero si me oyera antes una palabra, le pediría un favor.

D. ROQUE

Sí, señora. ¿Qué quiere usted? ¿Décimas, coplas de tirana, romance, seguidillas para cantar o...

## FELICIANA

Nada de eso, señor.

D. ROQUE

Si usted necesita algunos motes para damas y galanes, años y estrechos, estos días he hecho unos que no les falta más que estar impresos y venderse en la Puerta del Sol.

FELICIANA

Señor, óigame usted.

D. ROQUE

No tiene remedio: la he de leer a usted una glosa que he compuesto esta mañana. Atienda usted. La quarteta dice así:

*Tocando la lira Orfeo,  
y cantando Jeremías,  
bailaban unas folias  
los Hijos del Zebedeo.*

¿Qué tal? Pues ahora va la glosa:

Vino un día Menelao,  
sobrino de Faraón,  
conducido en un simón  
hasta el puerto de Bilbao.  
Un plato de bacalao  
le causó tal regodeo,  
que a todos dijo en hebreo:  
"Vamos tomando café,  
sin embargo de que esté  
*tocando la lira Orfeo.*"

Pero ¡qué décima la otra que se sigue!

Al oirlo Doña Urraca,  
noble Infanta de Castilla,  
se metió bajo la almilla  
una cruz de Caravaca.  
Diéronla mucha matraca;  
y ella dijo: "No en mis días.  
¿Qué importa a las tres Marías  
que esté, cuando yo lo mando,  
San Pascual Bailón llorando,  
y cantando Jeremías?"

¿Eh? ¿Qué le parece a usted? Vamos adelante:

Estaba allí Garibay,  
y dijo al oído a Eneas:  
"Calla, tonto, no lo creas;  
que todo eso es guirigay."  
Con casaca verdegay  
se apareció Zacarías,  
que al son de las letanías  
vino cantando el cumbé;  
y ellos en deshabilé  
*bailando unas folías.*

¡Qué bien traído el pie! Pero aquí entra lo mejor:

Saltó el Virrey del Perú;  
y arrancando su melena,  
dijo con la boca llena  
de turrón y de alajú:  
"¿Dónde está mi biricú,  
mi sotana y mi manteo?  
Que me voy al jubileo  
a rezar por los difuntos,  
no sea que duerman juntos  
*los Hijos de Zebedeo.*"

¡A ver! ¿Qué le pide usted a la glosita esta?

FELICIANA

Sólo usted pudiera haberla hecho, señor D. Roque.

D. ROQUE

No; pues aquí traigo otra obrita empezada, y poco he de poder yo si no la acabo ahora mismo. Antes que se me vayan las especies... Con licencia de usted.

*(Siéntase a escribir en una mesa llena de libros.)*

FELICIANA

Señor, yo no pedía versos.

D. ROQUE

Pues a un poeta no se le puede pedir otra cosa.

FELICIANA

Mire usted. Yo sólo quisiera que usted se empeñase con mi tía para que el pobre Fermín, que ha salido despedido, se le vuelva a recibir en casa.

D. ROQUE

Bien está. *Borrasca, tarasca, carrasca, hojarasca...* Se lo diré a la tía... *Escollo, repollo, bollo, pimpollo, cogollo, meollo...* Era un excelente mozo; y creo que usted y él hacían buenas migas. ¿Eh? Siento que le hayan echado.

FELICIANA

¿Queda usted en eso, señor D. Roque?

D. ROQUE

Sí, señor; pero no me cante usted ahora seguidillas como acostumbra, porque me perturbará... *Piloto... alboroto... bergamoto... terremoto... el sutil Escoto...*

FELICIANA

Yo callaré; pero ahí tiene usted ya a su amigo D. Isidro, que meterá más ruido que ca-torce.

(Vase.)

## ESCENA IV

D. ISIDRO y D. ROQUE

D. ISIDRO

¡Hola! ¿Cómo está tan sola la tienda?...  
¿Ahí estaba usted, D. Roque?... Tenga usted muy buenas tardes... ¡Digo!... ¿No responde usted?... El bueno del hombre cuando se enfrasca...

D. ROQUE

*(Hablando consigo propio.)*

¿Enfrasca? Enfrasca, borrasca... Ya le pillé. ¡Maldito consonante!

D. ISIDRO

*(Se sienta, y después de una pausa, dice.)*

Mire usted que sino me da conversación, me enfadaré y tomaré un libro.

D. ROQUE

Sí, porque eso de leer es bueno para cuando uno no tiene otra cosa mejor que hacer. Bendito sea Dios; ¡y a lo que vienen estas gentes a las librerías! Déjeme usted escribir, señor, y no perjudique al público, privándole de ver esta

obra cuanto antes... *La nave de mi pecho... barbecho, pertrecho, contrahecho...*

D. ISIDRO

¿Con que usted no quiere decir nada de nuevo?

D. ROQUE

Amigo, acuda usted a la *Gaceta*, y si no, ya vendrá por ahí D. Silvestre, que le contará a usted novedades con aquella sal y aquella brevedad que acostumbra. En fin, déjeme usted trabajar, que para eso he madrugado hoy bastante.

D. ISIDRO

Yo también madrugo. ¿Le parece a usted que antes de las siete de la mañana no estaba yo en el juego de trucos?... Pero óigame usted solamente dos palabras. Quiero contarle en confianza lo que acaba de sucederme.

D. ROQUE

Vaya, señor; hable usted, que bien oigo.  
(*Prosigue escribiendo.*)

D. ISIDRO

Pues ahora he encontrado en la calle a la



tía Nicolasa; y me ha dicho... (estoy loco de contento) que había pensado en mí para novio de su sobrina Felicianana... ¿Quiere usted oirme, y no escribir?... Que todavía no tenía el sí de la chica;; pero que procurase yo insinuarme con ella, y granjear su afecto con mis cariños y regalos. La tal Felicianilla me gusta como soy Isidro; y ya verá usted...

## D. ROQUE

*(En tono de recitar un verso.)*

*Me gusta mucho como soy Isidro... Calle, señor; no me haga equivocar.*

## D. ISIDRO

¡Qué hombre tan insociable! No merece usted que le cuente nada... ¡Ah! ¿No sabe usted que acabo de ganar una apuesta? *(Saca un bolsillo, y empieza a contar doblones.)* Pero ¡qué apuesta!... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... *(Prosigue contando en secreto, y D. Roque escribiendo. Sale D. Silvestre, vestido a la machucho y con bastón, y el Librero con un mozo que trae una banasta de libros.)*

## ESCENA V

D. ROQUE, D. SILVESTRE, D. ISIDRO y el  
LIBRERO

EL LIBRERO

Deja ahí esa banasta, muchacho.

(A D. Silvestre, *aparte*.)

Repito a usted, señor D. Silvestre, lo que días ha le he dicho, siempre que me ha hablado de sus deseos de lograr a Feliciano. Por mi parte no hay el menor inconveniente, vecino mío; pero la exploraremos antes la voluntad. Celebro que hayamos tratado del asunto; porque desde hoy quiero pensar seriamente en él.

D. SILVESTRE

Mil gracias, amigo mío. (*Bostezando*.) ¡Ay, ay, ay!... ¿Qué hora es? No sabe un hombre qué hacerse. Ya van siendo largas las tardes... ¡Ah! Ahora que me acuerdo. Cuidado que después (¿me entiende usted?) tengo una súplica que hacerle. D. Roque, aunque usted no quiera.

## D. ROQUE

¿Quién le ha dicho a usted palabra de querer o no querer?

¿Qué noticias nos trae usted, señor D. Silvestre? ¿Es verdad lo que dicen de los ladrones y puñaladas que hubo anoche en el barrio?

## D. SILVESTRE

Ya se ve que lo es. Absolutamente sé yo el caso de memoria.

## EL LIBRERO

Vaya usted contando, mientras yo desembasto estos libros.

## D. ROQUE

¿Si me dejarán escribir estos charlatanes?

## D. SILVESTRE

De suerte y de manera es, señores míos, como digo de mi cuento, que serían por ahí por ahí, *circum circa*, sobre corta diferencia, casi casi las doce de la noche; y ya se ve, a tales horas, absolutamente, como ustedes saben, maldita el alma que se encuentra por esas calles de Cristo... Sentémonos en paz y gracia de

Dios, porque como soy de tierra, que el caso merece oirse con sosiego. (*Siéntase*). Conque, amigos, en substancia... (*Tose y escupe*) sucedió que un pícaro de un ladrón... ¡Vaya, que sólo Barrabás inventara tal enredo!... Pero es de advertir que lo sé todo de buena tinta... Ello es que el tunante, grandísimo canalla (Dios me lo perdone), andaba, como digo, muy embozado... Y absolutamente, amigo de mi alma, llegando a la rinconada (¿me entiende usted?) de una callejuela... se arrojó sin más ni más, como iba diciendo, a robar a un hombre; en fin, aquello que llamamos (¿está usted?) la bolsa o la vida. El, ya se ve, viéndose acometer, díjole, dice: "Hombre, yo, dice, no traigo alhaja de valor que usted, dice, me pueda quitar; pero con todo, dice, eso de dejarme yo acoger, dice, no, señor"; y absolutamente, por vida de la Giralda, como quien no dice nada, va entonces, coge, y ¿qué hace?... (¡cosa como ella!) Levanta del suelo (hablando con perdón de ustedes) un guijarro... y absolutamente, sin andarse por las ramas... ¿lo digo?... le sacude, zás, aquí en mitad de la frente (salva sea la parte) al susodicho ladrón... No sé si me explico...

#### D. ROQUE

Sí, sí; tiene usted bravas explicaderas. (*Aparte*). Reniego de tu pesadez. Amén.

D. ISIDRO

Acabe usted.

D. SILVESTRE

Pues acabo. El vinagre del hombre, que (no agraviando lo presente) era un mocetón alto (mal comparado), un Sansón, un filisteo, y como dijo el otro, un bruto (fuera del alma)... (*Toma tabaco*) para servir a ustedes, parece ser que agarró entonces al otro (¡miren qué demonio!), y ¿por dónde? Por la espalda; pero con tanta furia y tanto aquél... No sé si usted me comprende...

D. ISIDRO

¡Oh, qué paciencia! ¿Apostemos a que todo eso es patraña?

D. SILVESTRE

No nos interrumpa usted.

D. ROQUE

El interrumpido soy yo, ¡pobre de mí!

D. ISIDRO

Vayan diez dobloncejos.

D. SILVESTRE

No, amigo; ni un real de plata. No arries-

go yo por frioleras las caras de mi Soberano; y, como decía mi abuela (¿está usted), siempre porfiar, pero nunca apostar.

#### D. ROQUE

El señor hace uno y otro. Así me dejarán ustedes proseguir una tempestad alegórica que estoy escribiendo.

#### D. SILVESTRE

Tampoco a mí me dejan contar mi historia, que absolutamente es cosa que pasma; porque, amigos, andando en estas andanzas, ten de aquí, ten de allí, si caigo, o no caigo, ¿qué les parece a ustedes que sucedió? Que porque lo quiso el Angel de la Guarda, yo no sé cómo infiernos diz que se apareció por allí una patrulla... (tenga usted cuenta)...y sin más acá ni más allá, como el diablo las carga, el condenado del hombre (¡Dios nos asista!) se abalanza con una navaja en la mano; y sea por esto, o por lo otro, o por lo de más allá, lo cierto es que, sin andarse en pataratas, allí no hubo sino que, al cabo y a la postre, él, sin respeto maldito aquél (¿me entiende usted?) a la patrulla... (ahorrémonos de palabras) ya se ve, absolutamente... Pero ¿cómo? Me alegrará que ustedes

lo hubieran visto... En efecto (para abreviar el cuento)...

D. ISIDRO

¡Buena brevedad te dé Dios! Ya basta, señor. ¿No hay quien quiera poner algo a que esa es bola? Señor D. Roque, ¿apostemos?

D. ROQUE

Señor, soy poeta.

EL LIBRERO

Dejen ustedes al señor D. Silvestre, que él hará de todo una relación puntual.

D. ISIDRO (*Levantándose*).

Tan puntual puede ser, que no se acabe en todo el día... Diga usted, patrón: ¿su sobrinita de usted dónde anda? ¡Si usted supiera lo que me gusta oírle cantar! El otro día disputaban en el café sobre quién canta mejor: la del cuarto principal o ella; y yo aposté una docena de medallas a favor de la Felicianita. ¡Así hubiera puesto cincuenta, como las había de ganar! Con su permiso de usted, quiero entrar a verla. A lo menos, aquella es muchacha de buena conversación, y no D. Roque, que no habla una

palabra, y D. Silvestre, que nos ha molido con su cuento. (A D. Silvestre). No me pillará usted más (Váse).

## ESCENA VI

D. ROQUE, D. SILVESTRE y el LIBRERO

### EL LIBRERO

Señor D. Silvestre, entre usted también, si gusta; y empiece a observar qué tal le recibe la chica. Bien sabe Dios cuánto deseo que se incline a usted.

### D. SILVESTRE

Yo me ingeniaré lo mejor que pueda. Entre paréntesis, hablemos de aquel empeño. Parece (¿me entiende usted?) que Fermín está despedido; y absolutamente es preciso que usted le reciba.

### EL LIBRERO

¿Qué no haré yo por servir a usted? Mi parienta, siempre opuesta a Fermín, es quien me ha metido en la cabeza mil cuentos contra el pobrecillo, de suerte que, para tener paz en casa, me vi precisado a despedirle. No lo merecía él; porque tiene más honradez y entendi-



miento de lo que parece. En fin, me hace mucha falta en la tienda; y basta que usted interceda por él.

## D. SILVESTRE

¡Vaya! Que hoy absolutamente es día (como dicen) de hacer mercedes. El mancebo quedó (¿me entiende usted?) en venir aquí incontinenti a saber (como digo) las resultas de mi empeño. Adiós, hasta luego. (*Haciendo que se va, y volviendo.*) Apenas haga mi visita a Feliciano, me tendrá usted aquí puntualmente a acabar el cuento del ladrón.

(*Vase*).

## ESCENA VII

## D. ROQUE y el LIBRERO

D. ROQUE (*Levantándose*).

Aunque pierda de hacer una docena de versos, voy a hablar dos palabras a su parienta de usted sobre cierta pretensión que tengo con ella. Para obligarla a que conceda lo que quiero pedirla, la diré que es cosa a que usted se ha negado.

## EL LIBRERO

Al instante dirá que sí, sólo por llevar la contraria.

D. ROQUE

Cuidado no me llegue nadie a estos papeles, que importan mucho, porque han de redundar en gloria inmortal de la Poesía castellana.

(Vase).

## ESCENA VIII

EL LIBRERO

¿Qué coplas serán estas que está escribiendo?... (Tomando un papel de los que ha dejado D. Roque). Veamos por curiosidad

(Lee).

“La nave de mi pecho que se enfrasca,  
 combativa de la áspera borrasca  
 de mis funestos males,  
 ya zozobra, y se atasca  
 en el fatal escollo  
 de desesperación en que me atollo...  
 Hoy me ha dicho la Tía Nicolasa...

(Admirado).

¿Qué viene a ser esto?...

Ya el discurso, que sirve de piloto,  
perdido el rumbo, admira el alboroto  
de las olas y vientos...  
novio de su sobrina Feliciana...

(*Una gran pausa*).

¿Qué ha puesto aquí este hombre?

Cuyos trágicos ímpetus violentos...  
me gusta mucho como soy Isidro  
la tal Felicianilla...  
me alejan ya de la dichosa orilla..."

¿Qué guirigay es este?... ¡Tía Nicolasa, sobrina Feliciana, como soy Isidro, novio, y me gusta mucho, revuelto todo con la nave, los vientos, el escollo y el piloto...! Yo no lo entiendo... ¿Si escribirá D. Roque alguna canción a mi sobrina en nombre de D. Isidro?... ¿Y mi mujer anda también metida en la danza? Aquí hay gato encerrado. Yo me veré con ella; y la haré confesar qué embrollo es éste.

## ESCENA IX

EL LIBRERO y FERMÍN

FERMÍN

Perdone usted mi atrevimiento, o por mejor decir, la demasiada confianza que tengo en el buen corazón de usted. Yo, señor...

## EL LIBRERO

Ya me ha hablado D. Silvestre por ti; y quedas recibido en mi casa.

FERMÍN

¿Con qué podré pagar a usted?

EL LIBRERO

Con proceder como hasta aquí, Fermín. Aunque mi mujer te acuse, yo sé la ley que siempre nos has tenido. No puedo dejar de conocer que mi sobrina ha adquirido con tus instrucciones pensamientos mucho más elevados de los que caben en personas de su esfera. A ti te debe muchas de sus habilidades, y parte de su juicio y buena crianza. Así has contribuído a su fortuna, tanto que D. Silvestre la cree digna de ser su esposa, y hoy mismo se la he ofrecido.

FERMÍN

¿A D. Silvestre?

EL LIBRERO

Seguro.

FERMÍN

Nunca será tan dichosa Feliciano como lo soy yo en haberla servido de algo, y en mere-

cer la benevolencia de usted. (Fermín *deja el sombrero, y empieza a coordinar algunos libros*). (Sale D. Roque).

## ESCENA X

EL LIBRERO, FERMÍN y D. ROQUE

D. ROQUE

Amigo Fermín, he hablado a la tía Nicolasa, que acaba de venir de la iglesia; y me hubo de arañar porque la dije que recibiese a usted.

EL LIBRERO

Ya está admitido, aunque mi mujer no lo apruebe. Alguna vez he de ser yo amo de mi casa. Voy a decirla cuatro cosas bien dichas sobre esto... y sobre otras sospechas que tengo. (*Entregando a D. Roque el papel de versos*). Señor poeta, hágame usted el gusto de no volver a nombrar en sus coplas a mi sobrina. (*Vase*).

## ESCENA XI

D. ROQUE y FERMÍN

D. ROQUE

*(Reconociendo lo escrito).*

¿Qué dice este hombre?... ¡Hola, hola!  
 ¿Qué he escrito yo aquí?... ¿Cuánto va que  
 he puesto entre mis versos parte de la conver-  
 sación de D. Isidro?... Dice bien el librero...  
 Pero yo me tengo la culpa, que me vengo a  
 escribir entre habladores y gritones. *(Vuelve a  
 sentarse).*

FERMÍN

Señor D. Roque, estoy sumamente agrade-  
 cido.

D. ROQUE

Palmoree usted cuando se represente mi tra-  
 gedia; y con eso quedo pagado.

FERMÍN

No sabe usted bien el favor que me han  
 hecho los que han intercedido por mí.

D. ROQUE

Ya, ya me parece que usted no puede vivir

sin volver a la querencia. Todo lo merece la Feliciano. ¿La da usted muchas lecciones?

FERMÍN

No soy capaz yo de darla todas las que su mucho entendimiento puede comprender.

D. ROQUE

La chica saldrá aprovechada. Déjeme usted escribir, y prosiga la obra de misericordia de enseñar al que no sabe, que es uno de los setenta y dos modos de introducirse con las damas.

## ESCENA XII

FERMÍN, D. ROQUE y FELICIANA

FELICIANA (*Como llorosa*).

¿A quién me quejaré?... (*Alborozada repentinamente*). ¿Aquí estás, Fermín?

FERMÍN

Sí; ya me tienes de nuevo recibido en esta casa, a tus pies, gozando de esos ojos.

FELICIANA

Sólo este feliz suceso puede consolarme en el sobresalto y aflicción con que me encuentras.

FERMÍN

¿Pues que hay? ¿Qué tienes?

FELICIANA

Desdichas. Mi tío queda ahora riñendo a su esposa por no sé qué historias suyas que ha descubierto; pero sus disensiones en nada contribuyen a nuestro amor; antes bien se confirma mi tío en su intento con la oposición que encuentra en ella. Algunas palabras que quise decirles, y que no me escucharon, sólo sirvieron de irritarlos.

FERMÍN

¡Ah, pobre Felician! Ya todos te persiguen para traspasarme el corazón, para aumentar en él mi ternura, para hacerme el más desgraciado de los hombres... ¿Y qué he ganado yo con volver a esta casa? Asistir a tu boda con Don...

FELICIANA

Con D. Isidro; sí. Mi tía le ha ofrecido por su parte mi mano.

FERMÍN

¡Con D. Isidro! No, sino con D. Silvestre, de quien me ha dicho tu tío que has de ser mu-



jer. Ya ese buen caballero es a un tiempo mi bienhechor y mi antagonista.

D. ROQUE

¿Cuántos opositores hay a esa cátedra?

FELICIANA

El señor D. Roque nos favorece; y ya que no tenemos ocasión de hablar a solas, delante de él hemos de tratar del modo de salir de este aprieto.

D. ROQUE

¿No han encontrado ustedes otro más bonito para encubridor? Pero como no me interrumpen, hablen hasta mañana a estas horas.

FERMÍN

Adiós, Feliciana mía. Antes me despidió tu tío; pero ahora me despediré yo, pues me falta valor para verte padecer.

FELICIANA

¿Y le tienes para dejarme en esta turbación y peligro?

FERMÍN

Yo quisiera... Pero no: el tiempo es corto...

Voy a declararme con tus tíos, a decirles que te adoro...

D. ROQUE

Bajen ustedes la voz.

FERMÍN

Y a impedir las pretensiones de cuantos aspiran a tu mano.

FELICIANA

Temería que tu amor te cegase, si no conociese tu prudencia...

FERMÍN

Somos infelices; pero no desconfíes. Escucha... ¿Qué vocería es ésta?

D. ROQUE

Si digo yo que me han de hacer escribir mil disparates.

### ESCENA XIII

D. ROQUE, FERMÍN, FELICIANA, D. ISIDRO y  
D. SILVESTRE

D. ISIDRO

*(Sacando el bolsillo).*

Dígole a usted que no tiene razón en la opi-

nión que defiende; y pongo cien pesos contra un real.

D. SILVESTRE

No sea usted tan vivo. Yo (¿me entiende usted?) lo he leído aquí en un libro... Vamos poco a poco... Y en substancia, cuando no lo diga (¿está usted?) un autor clásico, absolutamente me doy por tonto.

D. ISIDRO

Pues *absolutamente* veamos ese autor; y deposítese la apuesta en D. Roque.

D. SILVESTRE

(*Reconociendo un estante para buscar un libro.*)

Sosíéguese usted; que, como dice allá, no se ganó Zamora en una hora. El libro es éste. No hay que darse prisa, señor...

D. ISIDRO

Aquí está mi bolsillo...

D. SILVESTRE

Para salir (¿entiende usted?) de la duda, no necesitamos aquí apuestas ni voces. Me parece que ha de ser en el capítulo octavo...

D. ISIDRO

Pero, señor! apostemos, aunque no sea más que una caja de tabaco.

D. SILVESTRE

Ya escampa.

*(Sale un Hombre de capa).*

EL HOMBRE

Señores, ¿se vende aquí...?

D. ISIDRO

Aquí no se vende nada.

EL HOMBRE

¿La Historia de Carlomagno?

D. ISIDRO

*(Echándole por fuerza, y gritando).*

No, señor; allá en las gradas de San Felipe. Vaya usted con Dios.

EL HOMBRE

Perdone usted, caballero. *(Vase).*

D. ISIDRO

Ahora que estamos en nuestra disputa, se nos viene con Carlomagno. Que se vaya enhorabuena.

## FERMÍN

Cierto que el amo tendrá buena ganancia si le despiden así los compradores.

D. SILVESTRE

Quiero darle a usted con el texto...

D. ISIDRO

Venga acá ese libro...

D. SILVESTRE

Tenga usted paciencia...

D. ISIDRO

Suelte usted, señor.

*(Forcejeando D. Silvestre y D. Isidro sobre quién ha de abrir el libro, se queda éste con una hoja rasgada en la mano, a tiempo que sale el Librero.)*

## ESCENA XIV

Los dichos y el LIBRERO

EL LIBRERO

¿Qué greguería es ésta? Desde allá dentro he oído que me han echado ustedes con cajas destempladas a los que vienen a comprar libros...

(A D. Isidro). ¿Y de más a más me rasga usted la hoja de la fachada de este tomo? Voto a...

(D. Roque, *espantado de los gritos del Libro-ro, vierte el tintero, y mancha los libros que hay en la mesa en que escribe*).

D. ROQUE

¡Adiós! ¡Buena la he hecho!

EL LIBRERO

¿Qué es eso? ¿También usted, seó coplista?... ¿Ven ustedes cómo este hombre vierte el tintero y me mancha una docena de libros? Por vida de... Y lo bueno es que los tenía ya vendidos.

(*Mientras el Libro-ro riñe al poeta, y recoge los libros manchados, D. Silvestre se sienta, saca un cortaplumas y empieza a cortar pedacitos de madera del mostrador*).

D. SILVESTRE

Por hacer algo, probemos este cortaplumas. ¡Hola! Pues no es de mala casta.

EL LIBRERO

¿Oye usted, señor D. Silvestre? ¿No ha en-

contrado usted otra cosa mejor en que estrenar su navaja, que el mostrador de mi tienda?

D. SILVESTRE

En algo me he de entretener.

EL LIBRERO

*(Volviendo el rostro a Fermín y Feliciana, que están hablando en secreto).*

Digo, digo, niños. ¿También ustedes? Parece que todos se burlan hoy de mí. ¿Qué tienen ahora que hablar? Como que ya me voy enfadando.

## ESCENA ULTIMA

Los mismo y la TÍA NICOLASA

*(Que sale haciendo algunas contorsiones y cae desmayada en una silla).*

¡Ay!... ¡Ay!... ¡Que me muero!... Confesión.

FELICIANA

¿Qué le habrá dado a mi tía?

EL LIBRERO

Ya la entiendo yo el mal. Ha tomado una rabieta porque no la dejé salir con su tema.

Está desesperada porque Fermín ha vuelto a casa, y porque no la permito casar a Feliciana con quien ella quiere.

NICOLASA (*Quejándose*).

¡Ah! Tú y esa pícara sobrina me habéis de quitar los días de la vida.

D. ROQUE

¡Oiga! Parece que no ha perdido el habla.

NICOLASA (*Cobrando aliento*).

D. Isidro; si ese Fermín entre en casa, ya no hay nada de lo dicho.

D. ISIDRO

¿Cómo no? Pues ¿qué importa que el mancebo esté o no en la librería? ¿Cuánto quieren ustedes apostar a que la Feliciana ha de ser mía y no de otro?

D. SILVESTRE

Vamos a espacio. Su tío, está usted, me la ha ofrecido absolutamente así como suena.

NICOLASA

¡Pues no faltaba más!



FERMÍN

Nadie puede negar el mérito y conveniencias de D. Silvestre y de D. Isidro; pero...

EL LIBRERO

¡Qué mérito ni qué jácara! Ellos y D. Roque me tienen harto. ¿No es bueno que se vienen a alborotarme la tienda, y a hacer en ella mil destrozos y fechorías? Si ellos viniesen aquí por afecto a mi casa, mirarían con más amor mi hacienda; pero ya voy viendo que toman esto como tertulia de comodidad.

FERMÍN

No quisiera yo, señor, dar a usted también motivo de enojo. Si usted busca quien tenga verdadero amor a usted y a su familia, bien obligado me tienen a ello los favores que le debo. Animado de éstos, y temeroso de que el callar en ocasión tan crítica me cueste la dicha de toda mi vida, me atreveré a confesar a usted...

NICOLASA

¿A dónde irás a parar con toda esa letanía?

EL LIBRERO

Calle, señora; déjenos en paz... Y bien, Fermín, ¿qué ibas a decir?

FERMÍN

Que ya no es tiempo de disimular, patrón mío: que Feliciano nació para...

NICOLASA

Para hacerme rabiar.

FERMÍN

Nació para mí, y yo para Feliciano.

D. ROQUE

Le aconsejo a usted que no la meta monja. Yo soy testigo de que se requiebran.

NICOLASA (*Al* Librero).

¿No te lo decía yo? Aun por eso vino D. Roque a abogar por Fermín. ¡Ah, traidor!

EL LIBRERO (*A* Fermín).

¿Qué osadía es esa? Cierto que me coges hoy de buen humor. ¿Cómo te atreves a poner los ojos en mi sobrina, cuando la tengo prometida a un hombre como D. Silvestre?

NICOLASA

Y cuando yo la he prometido también a D. Isidro.

## FELICIANA

Ninguno de estos dos caballeros querrá vivir desdichado con una mujer cuyo corazón es ajeno.

## D. SILVESTRE

Por ninguna de las maneras.

## D. ISIDRO

Más vale que esto se haya descubierto en tiempo; pero con todo, usted démela, que yo la haré acá a mis mañas. ¿Apostemos a que al fin me había de querer?

## EL LIBRERO

¿Apostemos a que yo no he de hacer sino lo que sea de razón? La propuesta de Fermín es bastante arrojada; pero necesita examinarse.

## FERMÍN

Señor, yo puedo jurar a usted...

## NICOLASA

Quítenme de delante ese mocosuelo. ¿Qué sujeto es él para...?

## EL LIBRERO

Poco a poco, Nicolasa. Yo quiero hacer

cuanto pueda para no violentar a Feliciana. Hartos tíos han sacrificado ya sobrinas, dándolas maridos a disgusto. Es verdad que Fermín es de muy buena familia. También es verdad...

NICOLASA

También es verdad que no tiene ni un cuarto.

FERMÍN

Mi primo es hombre de caudal. Movido de mis súplicas, y compadecido de mi desgraciado amor, me ha ofrecido que cuando lograrse la mano de Feliciana, podíamos ella y yo ir a vivir a su casa, donde todo nos sobraría.

EL LIBRERO

Eso ya muda algo de especie; pero sin embargo...

NICOLASA

Yo quedaría mal con D. Isidro.

EL LIBRERO

Y no quedaría yo muy bien con D. Silvestre.

D. SILVESTRE

¿Y qué? ¿Había yo de casarme con nadie

(¿entiende usted?) por fuerza? Miro yo un poco más (que digamos) por mi comodidad. ¿Qué le parece a usted? ¿No hemos quedado lucidos? Absolutamente me ha pegado un chasco mediano el tal Fermín, después que he intercedido por él.

*(Tomando el bastón y poniéndose el sombrero).*

Vámonos de aquí, D. Isidro.

#### D. ISIDRO

Yo también renuncio la novia, ya que la tía Nicolasa ha venido a brindarme con ella cuando la inocentita ya había buscado su vida. ¿Apostemos a que el amigo D. Silvestre lo siente más que yo? D. Roque, no volvamos más a esta casa.

#### D. ROQUE

Lo más que yo puedo hacer, si están ustedes contra el amo de ella, es sacar al teatro en el primer sainete que haga un librero impertinente como él.

#### NICOLASA

Sí, señor D. Roque; hará usted una obra de caridad, y saque usted también al tablado una muchacha que todo el día está cantando, como Felicianita, y un muchacho metido a doctor, que siempre está leyendo, como Fermín.

## EL LIBRERO

La música y la lectura tomadas con moderación son virtudes. En fin, señores (*A D. Silvestre y a D. Isidro*), yo he procedido bien; y no tengo la culpa de que mi sobrina no pueda ser de uno ni de otro. Y en este caso...

## NICOLASA

Algún desatino irás a hacer.

## EL LIBRERO

Déjame hablar, Nicolasa... Yo no tengo que andar en contemplaciones con nadie. Señor D. Isidro, a las librerías se viene por libros, no a destruir la hacienda del pobre librero ni a despedir a los que llegan a comprar. Señor D. Silvestre, el mostrador de mi tienda me ha costado mi dinero. Si usted quiere partir leña, tome una hacha, y al monte. Señor D. Roque, ni este es paraje destinado para escribir coplas, ni es razón mancharle a uno de tinta las alhajas de su casa. Desde hoy en adelante conoceré lo que sacamos los libreros de consentir en nuestras tiendas a gente sin ocupación. Desengáñense ustedes: las librerías no son cafés ni casas de juego, donde hay licencia de gritar y hacer apuestas, sino concurrencias propias de las pocas personas que hay eruditas y sabias.

Señora parienta, aquí yo soy el que mando; y ya he tomado mi determinación. Si usted tiene tema con Fermín y con la chica, tanto peor para usted, que los verá ahora casados por muchas razones que tengo para ello. Sobrinos míos, viviréis en mi casa; cuanto tengo será para vosotros, y os deseo mil felicidades.

FERMÍN

*(Echándose a los pies del Librero).*

La principal, que es la de nuestro matrimonio, la debemos a la prudencia y bondad de usted.

NICOLASA

Marido, es imposible que tú puedas hacer cosa buena.

*(Vase).*

FERMÍN

Aunque se vaya ahora enojada, nosotros sabremos aplacarla con nuestro perpetuo rendimiento.

D. SILVESTRE

Absolutamente usted ha hecho una brava alcaldada; pero ya me echará usted menos cuando se traté (¿entiende usted?) de tener divertida la tienda con novedades. Sólo por eso se

ha de quedar usted sin saber el fin del cuento del ladrón.

(Vase).

D. ISIDRO (*Al* Librero).

Usted se ha perdido de ganar la apuesta que yo hacía a que Feliciano había de ser mi novia; pero ese dinero más me llevo en el bolsillo.

(Vase).

D. ROQUE

(*Recogiendo los papeles que tiene sobre la mesa*).

Si usted hubiera pensado en darme por esposa a su sobrina, yo la hubiera inmortalizado con mis versos; pero ya que usted me echa de su librería, no ha de tener la gloria ni la utilidad de vender mis obras.

(*Hace que se va, pero vuelve, y exclama con estos versos*).

¡Oh Musas del Parnaso! ¡Es cosa fuerte que traten a un ingenio de esta suerte!

(Vase).

FELICIANA

Ahora sí que podré cantar a mi sabor.



## FERMÍN

El placer de vernos unidos convertirá en festiva tu música, que poco ha era triste.

## EL LIBRERO

Muchacha, siempre que te lo pida el cuerpo, canta; que más quiero ver la tienda alegre, que alborotada con los gritos y porfías de esta gente.

(*Feliciano canta una tonadilla*).

FIN DE "LA LIBRERÍA"

# FABULAS



## EL MONO Y EL TITIRITERO

El fidedigno padre Valdecebro,  
que en discurrir historias de animales  
se calentó el cerebro,  
pintándolos con pelos y señales;  
que en estilo encumbrado y elocuente  
del unicornio cuenta maravillas,  
y el ave-fénix cree a pie juntillas  
(no tengo bien presente  
si es en el libro octavo o en el nono)  
refiere el caso de un famoso Mono.

Este, pues, que era diestro  
en mil habilidades, y servía  
a un gran Titiritero, quiso un día  
minetras estaba ausente su maestro,  
convidar diferentes animales  
de aquellos más amigos,  
a que fuesen testigos  
de todas sus monadas principales.  
Empezó por hacer la mortecina;  
después bailó en la cuerda a la arlequina,

con el salto mortal y la campana;  
    luego el despeñadero,  
la espatarrada, vueltas de carnero,  
y al fin el ejercicio a la prusiana.  
De estas y de otras gracias hizo alarde,  
mas lo mejor faltaba todavía;  
pues imitando lo que su amo hacía,  
ofrecerles pensó, porque la tarde  
completa fuese y la función amena,  
de la linterna mágica una escena.  
Luego que la atención del auditorio  
    con un preparatorio  
exordio concilió, según es uso,  
detrás de aquella máquina se puso;  
    y durante el manejo  
    de los vidrios pintados,  
fáciles de mover a todos lados,  
    las diversas figuras  
iba explicando con locuaz despejo.  
    Estaba el cuarto a obscuras,  
cual se requiere en casos semejantes;  
    y aunque los circunstantes  
    observaban atentos,  
ninguno ver podía los portentos  
que con tanta parola y grave tono  
les anunciaba el ingenioso Mono.  
Todos se confundían, sospechando  
que aquello era burlarse de la gente.  
Estaba ya el Mono corrido, cuando

entró maese Pedro de repente,  
e informado del lance, entre severo  
y risueño, le dijo: "Majadero,  
¿de qué te sirve tu charla sempiterna,  
si tienes apagada la linterna?"

Perdonadme, sutiles y altas Musas,  
las que hacéis vanidad de ser confusas:  
¿os puedo yo decir con mejor modo  
que sin la claridad os falta todo?

## LA PARIETARIA Y EL TOMILLO

Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbo-  
[laría,  
saludando al Tomillo la hierba Parietaria,  
con socarronería le dijo de esta suerte:

"Dios te guarde, Tomillo; lástima me da verte,  
que aunque más oloroso que todas estas plantas,  
apenas medio palmo del suelo te levantas".

El responde: "Querida, chico soy, pero crezco  
sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;  
pues por más que presumas, ni medio palmo  
[puedes  
medrar, si no te arrimas a una de esas paredes".

Cuando veo yo algunos que de otros escri-  
[tores  
a la sombra se arriman, y piensan ser autores  
con poner cuatro notas o hacer un prologoillo,  
estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

## LOS HUEVOS

Más allá de las islas Filipinas  
 hay una que ni sé cómo se llama,  
 ni me importa saberlo, donde es fama  
 que jamás hubo casta de gallinas,  
 hasta que allá un viajero  
 llevó por accidente un gallinero.  
 Al fin tal fué la cría, que ya el plato  
 más común y barato  
 era de huevos frescos; pero todos  
 los pasaban por agua (que el viajante  
 no enseñó a componerlos de otros modos).  
 Luego, de aquella tierra un habitante  
 introdujo el comerlos estrellados.  
 ¡Oh, qué elogios se oyeron a porfía  
 de su rara y fecunda fantasía!  
 Otro discurre hacerlos escalfados...  
 ¡Pensamiento feliz!... Otro, rellenos...  
 ¡Ahora sí que están los huevos buenos!  
 Uno después inventa la tortilla,  
 y todos claman ya: "¡Qué maravilla!"

No bien se pasó un año  
 cuando otro dijo: "Sois unos petates;  
 yo los haré revueltos con tomates".  
 Y aquel guiso de huevos tan extraño,  
 con que toda la isla se alborota,  
 hubiera estado largo tiempo en uso

a no ser porque luego los compuso  
un famoso extranjero a la *Hugonota*.  
Esto hicieron diversos cocineros;  
pero ¡qué condimentos delicados  
no añadieron después los reposteros!

Moles, dobles, hilados,  
en caramelo, en leche,  
en sorbete, en compota, en escabeche...  
Al cabo todos eran inventores,  
y los últimos huevos los mejores.

Mas un prudente anciano  
les dijo un día: "Presumís en vano  
de esas composiciones peregrinas.  
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!"

Tantos autores nuevos,  
¿no pudieran ir a guisar huevos  
más allá de las islas Filipinas?

## EL PATO Y LA SERPIENTE

A orillas de un estanque  
diciendo estaba un Pato:  
"¿A qué animal dió el Cielo  
los dones que me ha dado?  
Soy de agua, tierra y aire,  
cuando de andar me canso,  
si se me antoja, vuelo;  
si se me antoja, nado."  
Una Serpiente astuta

que le estaba escuchando,  
le llamó con un silbo  
y le dijo: "Seor guapo,  
no hay que echar tantas plantas;  
pues ni anda como el Gamo,  
ni vuela como el Sacre,  
ni nada como el Barbo;  
y así tenga sabido  
que lo importante y raro  
no es entender de todo,  
sino ser diestro en algo".

## LA AVUTARDA

De sus hijos la torpe Avutarda  
el pesado volar conocía,  
deseando sacar una cría  
más ligera, aunque fuese bastarda.  
A este fin muchos huevos robados  
de alcotán, de jilguero y paloma,  
de perdiz y de tórtola, toma,  
y en su nido los guarda mezclados.  
Largo tiempo se estuvo sobre ellos,  
y aunque hueros salieron bastantes,  
produjeron por fin los restantes  
varias clases de pájaros bellos.  
La Avutarda mil aves convida  
por lucirlo con cría tan nueva;



sus polluelos cada ave se lleva,  
y hete aquí a la Avutarda lucida.

Los que andáis empollando obras de otros,  
sacad, pues, a volar vuestra cría;  
ya dirá cada autor: "Esta es mía",  
y veremos que os queda a vosotros.

## LA MONA

Aunque se vista de seda,  
la mona, mona se queda.  
El refrán lo dice así,  
yo también lo diré aquí,  
y con eso lo verán  
en fábula y en refrán.  
Un traje de colorines,  
como el de los matachines,  
cierta Mona se vistió;  
aunque más bien creo yo  
que su amo la vestiría,  
porque difícil sería  
que tela el sastre encontrase.  
El refrán lo dice: pase.  
Viéndose ya tan galana,  
saltó por una ventana  
al tejado de un vecino,  
y de allí tomó el camino  
para volverse a Tetuán.

Esto no dice el refrán,  
pero lo dice una historia  
de que apenas hay memoria,  
por ser el autor muy raro  
(y poner el hecho en claro  
no le habrá costado poco).  
El no supo, ni tampoco  
he podido saber yo,  
si la Mona se embarcó  
o si rodeó tal vez  
por el istmo de Suez;  
lo que averiguado está  
es que por fin llegó allá.  
Vióse la señora mía  
en la amable compañía  
de tanta mona desnuda,  
y cada cual la saluda  
como a un alto personaje,  
admirándose del traje,  
y suponiendo sería  
mucho la sabiduría,  
ingenio y tino mental  
del petimetre animal.  
Opinan luego al instante  
y *némine discrepante*,  
que a la nueva compañera  
la dirección se confiera  
de cierta gran correría,  
con que buscar se debía

en aquel país tan vasto  
la provisión para el gasto  
de toda la mona tropa.  
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora, marchando  
con las huestes de su mando,  
perdió, no sólo el camino,  
sino, lo que es más, el tino;  
y sus necias compañeras  
atravesaron laderas,  
bosques, valles, cerros, llanos,  
desiertos, ríos, pantanos,  
y al cabo de la jornada  
ninguna dió palotada,  
y eso que en toda su vida  
hicieron otra salida  
en que fuese el capitán  
más tieso ni más galán.  
Por poco no queda mona  
a vida con la intentona;  
y vieron por experiencia  
que la ropa no da ciencia.  
Pero sin ir a Tetuán  
también acá se hallarán

monos que, aunque se vistan de estudiantes,  
se han de quedar lo mismo que eran antes.

## LA ARDILLA Y EL CABALLO

Mirando estaba una Ardilla  
a un generoso Alazán,  
que dócil a espuela y rienda  
se adestraba en galopar.  
Viéndole hacer movimientos  
tan veloces y a compás,  
de aquesta suerte le dijo  
con muy poca cortedad:

“Señor mío,  
de ese brío,  
ligereza  
y destreza  
no me espanto  
que otro tanto  
suelo hacer y acaso más.

Yo soy viva,  
soy activa,  
me meneo,  
me paseo,  
yo trabajo,  
subo y bajo,  
no me estoy quieta jamás.”  
El paso detiene entonces  
el buen Potro, y muy formal,  
en los términos siguientes  
respuesta a la Ardilla da:

“Tantas idas  
y venidas,  
tantas vueltas,  
y revueltas  
(quiero, amiga,  
que me diga),  
¿son de alguna utilidad?  
Yo me afaño,  
más no en vano  
sé mi oficio  
y en servicio  
de mi dueño,  
tengo empeño  
de lucir mi habilidad.”

Con que algunos escritores  
ardillas también serán  
si en obras frívolas gastan  
todo el calor natural.

## EL CUERVO Y EL PAVO

Pues, como digo, es el caso  
(y vaya de cuento)  
que a volar se desafiaron  
un Pavo y un Cuervo.  
Al término señalado  
cuál llegó primero,  
considérello quien de ambos

haya visto el vuelo.  
“Aguárdate—dijo el Pavo  
al Cuervo de lejos—;  
¿sabes lo que estoy pensando?  
Que eres negro y feo.  
Escucha: también reparo  
—le gritó más recio—  
en que eres un pajarraco  
de muy mal agüero.  
Quita allá, que me das asco,  
grandísimo puerco;  
sí, que tienes por regalo  
comer cuerpos muertos.”  
“Todo eso no viene al caso  
—le responde el Cuervo—,  
porque aquí sólo tratamos  
de ver qué tal vuelo.”  
Cuando en las obras del sabio  
no encuentra defectos,  
contra la persona cargos  
suele hacer el necio.

## LA COMPRA DEL ASNO

Ayer por mi calle  
pasaba un Borrico,  
el más adornado  
que en mi vida he visto.  
Albarda y cabestro  
eran nuevecitos,  
con flecos de seda  
rojos y amarillos.  
Borlas y penacho  
llevaba el pollino,  
lazos, cascabeles  
y otros atavíos.  
Y hechos a tijera  
con arte prolijo  
en pescuezo y anca  
dibujos muy lindos.  
Parece que el dueño,  
que es, según me han dicho,  
un chalán gitano  
de los más ladinos,  
vendió aquella alhaja  
a un hombre sencillo;  
y añaden que el pobre  
le costó un sentido.  
Volviendo a su casa

mostró a sus vecinos  
la famosa compra,  
y uno de ellos dijo:  
“Veamos, compadre,  
si este animalito  
tiene tan buen cuerpo  
como buen vestido.”

Empezó a quitarle  
todos los alifios,  
y bajo la albarda,  
al primer registro,  
le hallaron el lomo  
asaz malferido,  
con seis mataduras  
y tres lobanillos.  
amén de dos grietas,  
y un tumor antiguo  
que bajo la cincha  
estaba escondido.

“Burro—dijo el hombre—,  
más que el Burro mismo  
soy yo, que me pago  
de adornos postizos.”

A fe que este lance  
no echaré en olvido,  
pues viene de molde  
a un amigo mío,  
el cual a buen precio  
ha comprado un libro



bien encuadernado,  
que no vale un pito.

## LOS DOS HUESPEDES

Pasando por un pueblo  
de la montaña,  
dos caballeros mozos  
buscan posada.

De dos vecinos  
reciben mil ofertas  
los dos amigos.  
Porque a ninguno quieren  
hacer desaire,  
en casa de uno y otro  
van a hospedarse.

De ambas mansiones  
cada huésped la suya  
a gusto escoge.

La que el uno prefiere  
tiene un gran patio  
y bello frontispicio,  
como un palacio;  
sobre la puerta  
su escudo de armas tiene  
hecho de piedra.  
La del otro la vista  
no era tan grande;

mas dentro no faltaba  
 donde alojarse;  
 como que había  
 piezas de muy buen temple,  
 claras y limpias.

Pero el otro palacio  
 del frontispicio  
 era, además de estrecho,  
 obscuro y frío;  
 mucha portada,  
 y por dentro desvanes  
 a teja vana.

El que allí pasó un día  
 mal hospedado,  
 contaba al compañero  
 el fuerte chasco;  
 pero él le dijo:  
 “otros chascos como ese  
 dan muchos libros.”

## LA URRACA Y LA MONA

A una mona  
 muy taimada,  
 dijo un día  
 cierta Urraca:  
 “Si vinieras  
 a mi estancia,

¡cuántas cosas  
 te enseñara!  
 Tú bien sabes  
 con qué maña  
 robo y guardo  
 mil alhajas.

Ven, si quieres,  
 y verás las  
 escondidas  
 tras de un arca.”  
 La otra dijo:  
 “Vaya en gracia”,  
 y al paraje  
 la acompaña.  
 Fué sacando  
 doña Urraca  
 una liga  
 colorada,  
 un tontillo  
 de casaca,  
 una hebilla,  
 dos medallas,  
 la contera  
 de una espada,  
 medio peine,  
 y una vaina  
 de tijeras;  
 una gasa,  
 un mal cabo  
 de navaja,  
 tres clavijas  
 de guitarra,  
 y otras muchas  
 zarandajas.  
 “¿Qué tal?—dijo—  
 Vaya, hermana,  
 ¿no me envidia?,  
 ¿no se pasma?  
 A fe que otra  
 de mi casta  
 en riqueza

no me iguala.”  
 Nuestra Mona  
 la miraba  
 con un gesto  
 de bellaca,  
 y al fin dijo:  
 “¡Patarata!  
 Has juntado  
 lindas maulas.  
 Aquí tienes  
 quien te gana,  
 porque es útil  
 lo que guarda;  
 si no, mira  
 mis quijadas.  
 Bajo de ellas,  
 camarada,  
 hay dos buches  
 o papadas,  
 que se encogen  
 y se ensanchan.  
 Como aquello  
 que me basta,  
 y el sobrante  
 guardo en ambas  
 para cuando  
 me haga falta.  
 Tú amontonas,  
 mentecata,  
 trapos viejos  
 y morralla;  
 mas yo, nueces,  
 avellanas,  
 dulces, carne  
 y otras cuantas

provisiones  
necesarias.”

¿Y esta Mona  
redomada  
habló sólo  
con la Urraca?  
Me parece

que más habla  
con algunos  
que hacen gala  
de confusas  
misceláneas  
y farrago  
sin substancia.

## EL NATURALISTA Y LAS LA- GARTIJAS

Vió en una huerta  
dos Lagartijas  
cierto curioso  
Naturalista.  
Cógelas ambas  
y a toda prisa  
quiere hacer de ellas  
anatomía.  
Ya me ha pillado  
la más rolliza;  
miembro por miembro  
ya me la trincha;  
el microscopio  
luego la aplica.  
Patas y cola,  
pellejo y tripas,  
ojos y cuello,  
lomo y barriga  
todo lo aparta  
y lo examina.  
Toma la pluma,

de nuevo mira,  
escribe un poco,  
recapacita.  
Sus mamotretos  
después registra;  
vuelve a la propia  
carnicería.  
Varios curiosos  
de su pandilla  
entran a verle:  
dales noticia  
de lo que observa;  
unos se admiran,  
otros preguntan,  
otros cavilan.  
Finalizada  
la anatomía,  
cansóse el sabio  
de Lagartija.  
Soltó la otra  
que estaba viva.  
Ella se vuelve  
a sus rendijas,  
en donde hablando  
con sus vecinas,  
todo el suceso  
les participa.  
“No hay que dudarlo,  
no—las decía—;  
con estos ojos  
lo vi yo misma.  
Se ha estado el hombre  
todito un día  
mirando el cuerpo

de nuestra amiga.  
¿Y hay quien nos trate  
de sabandijas?  
¿Cómo se sufre  
tal injusticia,  
cuando tenemos  
cosas tan dignas  
de contemplarse  
y andan escritas?  
¡No hay que abatirse,  
noble cuadrilla!  
Valemos mucho  
por más que digan!”  
¡Y querrán luego  
que no se engrían  
ciertos autores  
de obras inicuas!  
Los honra mucho  
quien los critica.  
No seriamente,  
muy por encima,  
deben notarse  
sus tonterías;  
que hacer gran caso  
de Lagartijas  
es dar motivo  
de que repitan:  
“¡Valemos mucho  
por más que digan!”

## LA DISCORDIA DE LOS RELOJES

Convidados estaban a un banquete diferentes amigos, y uno de ellos, que, faltando a la hora señalada, llegó, después de todos, pretendía disculpar su tardanza. “¿Qué disculpa nos podrás alegar?”—le replicaron—. El sacó su reloj, mostróle, y dijo: “¿No ven ustedes como vengo a tiempo? Las dos en punto son.” “¡Qué disparate —le respondieron—; tu reloj atrasa más de tres cuartos de hora.” “Pero, amigos, —exclamaba el tardío convidado—, ¿qué más puedo yo hacer que dar el texto? Aquí está mi reloj.\*.” Note el curioso que era este señor mío como algunos que un absurdo cometen, y se excusan con la primera autoridad que encuentran. Pues, como iba diciendo de mi cuento, todos los circunstantes empezaron a sacar sus relojes en apoyo de la verdad. Entonces advirtieron que uno tenía el cuarto, otro la media, otro las dos y veintiséis minutos, éste catorce más, aquél diez menos; no hubo dos que conformes estuvieran. En fin, todo era dudas y cuestiones.

Pero a la Astronomía cabalmente  
era el amo de casa aficionado,  
y consultando luego su infalible,  
arreglado a una exacta meridiana,  
halló que eran las tres y dos minutos,  
con lo cual puso fin a la contienda  
y concluyó diciendo: “¡Caballeros,  
si contra la verdad piensan que vale  
citar autoridades y opiniones,  
para todo las hay: mas, por fortuna,  
ellas pueden ser muchas, y ella es una!”

## EL RICOTE ERUDITO

Hubo un rico en Madrid (y aun dicen que era  
más necio que rico),  
cuya casa magnífica adornaban  
muebles exquisitos.

“¡Lástima que en vivienda tan preciosa,  
—le dijo un amigo—  
falte una librería, bello adorno,  
útil y precioso!”

“¡Cierto—responde el otro—. ¡Que esa idea  
no se me haya ocurrido!...

A tiempo estamos. El salón del Norte  
a este fin destino.

Que venga el ebanista y haga estantes  
capaces, pulidos,



a toda costa. Luego trataremos  
de comprar los libros.”

Ya tenemos estantes. “Pues ahora  
—el buen hombre dijo—,  
¡echarme yo a buscar doce mil tomos  
no es mal ejercicio!

Perderé la chaveta, saldrán caros,  
y es obra de un siglo.

Pero ¿no era mejor ponerlos todos  
de cartón fingidos?

¡Ya se ve! ¿Por qué no? Para estos casos  
tengo un pintorcillo  
que escriba buenos rótulos, e imite  
pasta y pergamino.”

Manos a la labor. Libros curiosos,  
modernos y antiguos,  
mandó pintar, y a más de los impresos,  
varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto  
sus tomos postizos  
que, aprendiendo los rótulos de muchos,  
se creyó erudito.

Pues ¿qué más quieren los que sólo estudian  
títulos de libros,  
si con fingirlos de cartón pintado  
les sirven lo mismo?

## LA VIBORA Y LA SANGUIJUELA

“Aunque las dos picamos—dijo un día,  
la Víbora a la simple Sanguijuela—,  
de tu boca reparo que se fía  
el hombre, y de la mía se recela.”  
La chupona responde: “¡Ya, querida!  
mas no picamos de la misma suerte.  
Yo, si pico a un enfermo, le doy vida;  
tú, picando al más sano, le das muerte.”

Vaya ahora de paso una advertencia.  
Muchos censuran, sí, lector benigno;  
pero a fe que hay bastante diferencia  
de un censor útil a un censor maligno.

## EL MONO Y EL ELEFANTE

A un congreso de varios animales  
con toda seriedad el Mono expuso  
que, a imitación del uso  
establecido entre hombres racionales,  
era vergüenza no tener historia  
que al referir su origen y sus hechos,  
instruirles pudiese y darles gloria.

Quedando satisfechos  
de la propuesta idea,  
el Mono se encargó de la tarea,

y el rey León en pleno consistorio mandó se le asistiese puntualmente con una asignación correspondiente, además de los gastos de escritorio.

Pide al ganso una pluma  
el nuevo autor; emprende su faena,  
y desde luego en escribir se estrena  
una histórica suma

qu sólo contenía los anales  
suyos y de los monos compañeros;  
mas pasando después años enteros  
nada habló de los otros animales,

que esperaron en vano  
volver a ver más letra de su mano.

El Elefante, como sabio, un día  
por tan grave omisión cargos le hacía,  
y respondióle el Mono: "No te espantes  
pues aun en esto a muchos hombres copio:  
obras prometo al público importantes,  
y al fin no escribo más que de mí propio."

FIN DE LAS "FÁBULAS"

# INDICE

|                                    | <u>Páginas</u> |
|------------------------------------|----------------|
| PRÓLOGO. . . . .                   | v              |
| Los Literatos en Cuaresma. . . . . | 1              |
| La Librería. . . . .               | 87             |
| Fábulas. . . . .                   | 141            |



**C.I.A.P.**

**Precio: 2,50 ptas.**